

Josefina Muriel

Cultura femenina novohispana

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2000

545 p.

(Serie Historia Novohispana, 30)

ISBN 968-58-0313-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 abril 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libro/cultura/femenina.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

CAPÍTULO IV

CRÓNICAS Y CRONISTAS

LAS CRÓNICAS de los conventos y colegios femeninos fueron siempre escritas por mujeres, al igual que las de los frailes fueron escritas por hombres; sin embargo, hay entre unos y otros una diferencia fundamental, y es que, mientras ellos escriben y publican sus obras, las mujeres escriben, pero sólo excepcionalmente las mandan imprimir.

Las crónicas de los conventos femeninos quedaron, como en la Edad Media, manuscritas y guardadas en los archivos y bibliotecas monásticos. Jamás se pensó que se pudieran sacar de allí. Algunas de estas crónicas fueron publicadas por hombres, como las de los conventos que estaban bajo la jurisdicción de una orden religiosa de varones, tales como la franciscana o la dominica. Fray Agustín de Vetancourt, en la tercera parte de su *Teatro Mexicano*,¹ hace una crónica de todos los conventos de monjas que dependieron o dependían de la provincia franciscana del Santo Evangelio, como son los de la Concepción en un principio y los de las clarisas después. Al hacerlo no menciona que se basa en las crónicas escritas por las monjas de los respectivos conventos a que se refiere, sólo hace alusión al archivo del convento de la Concepción, para dar mayor valor a sus afirmaciones sobre la fundación de ese primer monasterio de mujeres en América. En el menologio franciscano que forma el tomo iv de la misma obra, Vetancourt habla de todas las monjas clarisas notables que vivieron en los conventos de las ciudades de México, Puebla y Villa de Atlixco. No menciona fuentes de información, pero indudablemente fueron los escritos de compañeras de las biografiadas.

Fray Alonso Franco, en la segunda y tercera parte de la *Historia de la provincia de Santiago de México de la orden de predicadores en la Nueva España*, dedica varios capítulos a los conventos feme-

¹ Fray Agustín de Vetancourt, O.F.M., *Teatro mexicano*, México, Imp. de Ignacio Escalante, 1870, tercera parte, tratado iv, pp. 325-364.

niños y a las vidas de sus notables moradoras.² Lo hace basado en las crónicas hechas por las monjas y en las biografías escritas por ellas mismas. No lo confiesa explícitamente pero por algunas referencias, como aquellas en que dice que no escribe más porque los informes que le mandaron se le perdieron, podemos asegurar que tuvo a la mano los escritos monjiles.

Hay otras crónicas dedicadas exclusivamente a conventos femeninos reescritas por hombres. Entre éstas tenemos el *Trono Mexicano*, de fray Ignacio de la Peña, que es la crónica del convento capuchino de San Felipe de Jesús,³ la *Historia del convento de San José de carmelitas* (inédita) redactado por fray Juan Bautista Méndez,⁴ el franciscano fray Antonio de la Rosa y Figueroa escribió la *Crónica sucinta del convento de Santa Clara de México*⁵ y don Carlos de Sigüenza y Góngora publicó la crónica del convento concepcionista de Jesús María, bajo el barroco título de *Parayso Occidental*.⁶

Todas estas crónicas fueron hechas con base en aquellas que las monjas tenían manuscritas en sus respectivos conventos. Algunos lo callan, el padre Méndez lo confiesa escuetamente en su crónica inédita, y otros lo declaran abiertamente, como don Carlos de Sigüenza y Góngora, cuando dice en el prólogo de su obra:

ocurrí al archivo del Real Convento, cuyos papeles se me entregaron y también varios cuadernos de autos y cédulas. Leí también *las relaciones originales* que de la fundación del Convento de San José de Carmelitas *escribieron* las V.V.M.M. *Inés de la Cruz* y *Mariana de la Encarnación* y la que de su vida dio aquélla al P. Gaspar de Figueroa, su confesor y con lo que de una y otra dejó dicho la M. Catalina de Cristo... Tuve también todo lo que de la V.M. Marina de la Cruz escribieron la V.M. *Inés de la Cruz** y los licenciados Francisco Loza y Pedro

² Fray Alonso Franco O.P., *Segunda parte de la Historia de la Provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores en la Nueva España 1645*, México, Imp. del Museo Nacional, 1900.

³ Fray Ignacio de la Peña, O.F.M., *Trono mexicano*, Madrid, Imp. Francisco del Hierro, 1728.

⁴ Juan Bautista Méndez, *Historia de la fundación del Convento de San José de Carmelitas*, Ms. ACSJ.

⁵ Fray Antonio de la Rosa y Figueroa, *Crónica sucinta del Convento de Santa Clara de México*. Manuscrito inédito que forma parte de la Colección Gómez de Orozco, hoy en la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología de la ciudad de México.

⁶ Carlos de Sigüenza y Góngora, *Parayso occidental*, México, Imp. de Juan de Rivera, 1684.

* No confundir a Sor Inés de la Cruz, monja concepcionista del convento de Jesús María y fundadora del carmelitano de San José (Santa Teresa la Antigua),

de la Mota y Escobar... varias noticias que de las V.V. Religiosas, de quienes se escribe, se me dieron por parte del Real Convento, en que trabajaron nimiamente las M.M. *María Antonia de Santo Domingo* (que descansa en paz) y *Petronila de San Joseph*, actual abadesa del Real Convento.

Entre todos los cronistas es éste el que escribe con más amor y respeto por la obra de las mujeres. En desacuerdo con los hombres de su época dice: "no ignoro el que de ordinario las desprecian los varones ingenios, que son los que cuidan poco de *Poliantheas*". Y no podía decir menos quien tuvo el privilegio de convivir y conversar tras las rejas de los locutorios con las mujeres de mayor erudición, virtud y ciencia de su época, como *Petronila de San José*, que hacía con él el *Parayso Occidental*, y la gran Sor Juana Inés de la Cruz, con quien discutía sus inquietudes en las ciencias, la filosofía y el arte. Por todo este conocimiento y trato de mujeres cultas, reconoce y da crédito respetuosamente a la obra femenina al grado de que llega un momento en que él guarda la pluma, avisando al lector que la deja en manos de la concepcionista Inés de la Cruz.

Las citas bibliográficas podrían continuar, pero creo que éstas bastan para demostrar que las crónicas de los conventos de monjas publicadas por varones siempre tienen como base las crónicas manuscritas hechas por ellas.

LAS MUJERES CRONISTAS

Vamos a ver ahora las crónicas de las monjas que conocemos, pero para entenderlas, demos un ligero vistazo a las de los hombres.

El cronista escribe por obediencia a sus superiores. La finalidad de su escrito es dejar memoria de las obras realizadas por sus hermanos en religión sobre los pueblos y naciones que encontraron, hablar de su civilización y de su cultura para mostrar después la acción de la providencia en la llegada del evangelio para la salvación eterna de todas las gentes.

Todas las crónicas van sustentadas en esa visión providencialista de la historia, en la cual la vida del hombre, criatura de Dios, está inmersa dentro de los planes de la providencia divina para que al-

con Sor Juana Inés de la Cruz, la poetisa jerónima. Los nombres monjiles son semejantes y en ocasiones iguales. Se llega al grado de que en un convento todas lleven un mismo segundo nombre, por ejemplo Juana de San José, Luisa de San José, etcétera. Todo esto hace difícil distinguir a las personas y exige una cuidadosa atención.

cance su destino eterno, a través de una lucha entre la gracia divina y la libre voluntad humana. Si esto se va presentando a lo largo de todas las crónicas, llega a su máxima expresión cuando se relatan las "vidas de los claros varones apostólicos" o se hace el menologio de los religiosos notables. Y con esto se llega a la ya mencionada razón que hace surgir las biografías en aquellos siglos: la ejemplaridad.

Dice el cronista dominico Alonso Franco: "Las sendas y caminos por donde hemos de ir con seguridad son por donde ellos fueron: sus ejercicios y santos ejemplos son los que nos enseñan, amonestan y guían." Y justificando toda su crónica añade: "y el fin de esta historia es ponernos tan eficaces motivos para que apresuremos el paso, corramos con velocidad y que sea nuestro deseo solamente de llegar a verlos y vivir en su compañía con las eternas felicidades".⁷ Córdoba y Salinas, el gran cronista del Perú, explica que la finalidad de su obra es "pasar de unos hombres a otros la sabiduría que conduce a la Jerusalén celestial.

Las escritoras femeninas van a caminar, según veremos, por senderos semejantes, pero no iguales.

Las cronistas se sucedían en el cargo de acuerdo con la voluntad de la priora; algunas permanecían en él largo tiempo, como por ejemplo en el caso de Josefa de la Concepción del convento de la Concepción de Puebla, que fue cronista durante cuatro trienios.⁸ En ocasiones la priora o la secretaria ejercían el oficio de cronista, sin que existiese formalmente el cargo.

En general las crónicas son iniciadas por las fundadoras de los conventos y continuadas por su sucesoras. Como caso extraordinario hay una que fue redactada por un grupo de monjas.

Existieron en la Nueva España sesenta y un conventos de monjas, lo cual nos da un mínimo de igual número de crónicas, descontando que de algunos hay varias.

Los grandes colegios y beaterios también las tuvieron, por tanto debió haber cerca de un centenar de ellas, sin embargo, la dispersión de archivos causada por la exclaustración que derivó de las Leyes de Reforma, motivó la pérdida de muchas. Conocemos actualmente sólo cinco crónicas manuscritas completas, pertenecientes a archivos particulares. Existen, además, dos impresas: una completa y otra en parte. La más interesante por su antigüedad es la del convento de la Concepción fundado en 1540, el primero de los conventos de México,

⁷ Fray Alonso Franco, *op. cit.*, pp. 3-6.

⁸ Nicolás León, *Bibliografía Mexicana del siglo XVIII*, México, F. Díaz de León, 1902-1908, n. 428.

cuya vida está ligada a los inicios de la aculturación. Desgraciadamente esa preciosa fuente histórica está perdida.

En 1573 debió iniciar su crónica Isabel de la Resurrección "escribana general" del convento de Regina Coeli de México. Su obra la desconocemos.*

Entre las cronistas cuyas obras constan en forma precisa conocemos a Petronila de San José que hizo la historia del Real Convento de Jesús María y escribió las vidas de las religiosas ejemplares. El elogio que Sigüenza y Góngora le tributa como escritora, en su *Parayso Occidental*, dice: "Si algo bueno hay en esta historia se debe todo a lo que dejó escrito". Recordemos también a la madre Antonia de Santo Domingo, mencionada por Sigüenza, como la persona que con él trabajó arduamente para hacer su obra. El Real Convento de Jesús María tuvo varias biógrafas, entre ellas las dos cronistas antes citadas e Inés de la Cruz, que escribió la vida de esa extraordinaria monja que fue Sor Marina de la Cruz, aquella que antes de entrar al convento fue casada tres veces, madre de varios hijos y notable mística. De ella volveremos a hablar al mencionar a las carmelitas.

Una de las órdenes femeninas que más se distingue por los escritos de sus monjas es la de las carmelitas de la reforma de Santa Teresa. Ocupa el primer lugar en orden cronológico el convento de San José (vulgo Santa Teresa) de Puebla, fundado en 1604. Lo que escribieron sus monjas lo conocemos por referencia del cronista Joseph Gómez de la Parra que en 1704, al celebrarse el primer centenario de la fundación, fue invitado por las carmelitas a escribir la historia de su convento. Para ello, la madre María de Cristo, priora del monasterio, le entregó los escritos que habían dejado sus antecesoras, escribiendo ella, a su vez, las biografías de las madres notables que había conocido. Gómez de la Parra revisó todo lo que las monjas escribieron y los datos existentes en el arzobispado de Puebla, con todo lo cual hizo una de las crónicas más completas que conocemos; la edición de esta magna obra hecha en Puebla vio la luz pública en 1732.⁹

Gracias a la honradez de mencionar los nombres de sus informantes, conocemos con detalle quiénes fueron las monjas que tomaron la pluma dentro del convento carmelitano de San José de Puebla.

* Hija del alcalde de Albornoz y de Isabel Vázquez de Aullón. Profesó en el convento de la Concepción y fue fundadora del de Regina.

⁹ Joseph Gómez de la Parra, *Fundación y primer siglo del muy religioso convento del Señor San Joseph de Religiosas Carmelitas descalzas de la ciudad de Puebla de los Angeles en la Nueva España*, Puebla de los Angeles, Imp. por la Vda. de Miguel Ortega, 1732.

Sin embargo, no publicó textos completos de lo escrito por ellas, dejándose así un grave vacío en la literatura histórica femenina.

Vamos a mencionar a las escritoras que aparecen en la obra de Gómez de la Parra, pues consideramos que el conocerlas y saber qué fue lo que escribió cada una nos dará una idea de los intereses que las hacían escribir y a la vez el tipo de crónica que pretendieron legarnos.

Micaela de Santiago (1588-1669), criolla veracruzana, hija de Gerónimo Prolongo, genovés, y Luisa López, gallega. A la edad de nueve años ingresó como niña educanda al recogimiento de mujeres piadosas de Veracruz. Siete años después, cuando la institución se convirtió en el convento de San José de Carmelitas y se trasladó a Puebla de los Ángeles, tomó el hábito, profesando en 1606. Ocupó cargos de superiora, vicaria y priora. Su trato con las fundadoras, que habían sido a la vez sus maestras, le permitió escribir con amplios conocimientos la crónica del convento. En ella relata las aventuras que a causa de los piratas tuvieron Ana y Beatriz Núñez de Montalván al venir a la Nueva España.

La historia transcurre al amparo de la providencia divina que las salva de tantos peligros y las lleva a casa de su rico hermano. Herederas de gran fortuna, una de ellas la acrecienta por aventajado matrimonio con acaudalado comerciante. Finalmente, ambas hermanas y sus cinco amigas, mujeres ricas viudas y solteras, dejan la vida mundana y establecen en Veracruz en el año de 1593 un recogimiento para vivir como beatas y terminan transformándolo con el austero convento de las Carmelitas de San José de Puebla.

Toda la crónica gira alrededor de un grupo de mujeres cuya relación con Dios es continua y profunda. Él es la razón de su existencia, en Él tiene sentido su modo de vivir, su desprecio a la riqueza, su encierro, sus ayunos, sus trabajos. Para su gloria fundan un convento y convocan a otras mujeres a imitarlas. Por su gloria se vuelven obreras de la fábrica de Puebla, hilando la seda para, mediante el salario, pagar la construcción del templo. Su meta está allá en esa Jerusalén celestial, que pretenden alcanzar con el sacrificio de sí mismas. Éste es el sentido de su crónica. Tras Micaela de Santiago vendrán otras cronistas. Cada una en su tiempo hará su parte y la historia aparecerá como una manifestación constante de las obras de Dios, de su gracia y de su relación providente con ellas, mujeres novohispanas.

Por ser Micaela de Santiago la que da los datos más antiguos, la consideramos la primera cronista del convento de San José de Pue-

bla. Completó su pequeña crónica con las biografías de las fundadoras Ana de Jesús, Beatriz de los Reyes y Juana de San Pablo, así como con las de otras primeras novicias, que fueron Melchora de la Asunción y Francisca del Espíritu Santo. Estas biografías tienen el mismo sentido de la crónica con su pretensión de ejemplaridad. Micaela falleció en 1669, poco antes de cumplir los 80 años de edad.¹⁰

Melchora de la Asunción González de Mendoza fue una criolla poblana que al asistir con sus padres a la inauguración del monasterio de San José, conmovida por las ceremonias decidió tomar el hábito de carmelita. Un año después, en 1605, profesó, llegando a ocupar cargos importantes como los de secretaria, superiora, vicaria, maestra de novicias y priora, por su inteligencia, cultura y discreción. Estos cargos le dieron acceso a los informes y documentación que utilizó para escribir unos cuadernos con los cuales completó la crónica de la fundación, dando mayor énfasis a los inicios del monasterio como tal y a la vida austerísima que en él se llevaba. Hizo un menologio que contiene las vidas de las madres fundadoras, Ana de Jesús, Beatriz de los Reyes, María de la Presentación, y de las madres María de la Asunción, Jerónima de San Bartolomé, Catarina de Cristo y María de San Alberto. Escribió una amplia biografía de su hermana Teresa de Jesús a quien, por sus místicos arrebatos, llamaban "La Encantada". Esta biografía fue aprovechada por Gómez de la Parra en su menologio. También se ocupó de la notable mística Isabel de la Encarnación. Sus escritos los utilizó el padre Pedro Salmerón para redactar la biografía que de ésta publicó en 1675. La cronista Melchora de la Asunción fue, en lo personal, una distinguida religiosa cuya vida quedó consignada en las crónicas monásticas de la madre Francisca del Espíritu Santo. Falleció en 1631.¹¹

Francisca de la Natividad Márquez Montenegro y Tapia. Por su lugar de origen se autoapellidaba "de Valencia", pero en el convento tuvo el apelativo de "La Gachupina", que le dieron las criollas poblanas. Ingresó al convento en 1608, llegando a ser la tercera prelada. Escribió otra parte de la crónica, pero no se ocupó de la fundación, sino de la vida íntima, o sea de esa vida sobrenatural para la que vivían las monjas, del "amor divino que abrasaba sus corazones", de la providencia de Dios, de la pobreza, de la caridad y es lógico que lo hiciera así, ya que ella misma era una notable

¹⁰ Joseph Gómez de la Parra, *op. cit.*, pp. 51, 210, 212, 214 y ss., AGN, *Bienes Nacionales*, t. III.

¹¹ *Ibidem*, pp. 51, 115, 185, 123, 125, 214, 232 y ss.

mística. No conocemos todos sus escritos pero, por las noticias que hay en su biografía, sabemos que redactó sus experiencias místicas por orden de sus confesores, uno de los cuales fue el célebre padre Miguel Godines S. J.

La madre Francisca fue además biógrafa de dos de las fundadoras, Juana de San Pablo y Ana de Jesús, y de la venerable madre Isabel de la Encarnación.¹² La biografía que de ésta escribió fue aprovechada también por el padre Pedro Salmerón, según lo declara en su ya mencionada *Vida de la Venerable Madre Isabel de la Encarnación*.¹³ A su vez la madre Francisca de la Natividad fue considerada en su época como una mujer notable, por eso el mismo Salmerón escribió de ella una hermosa biografía. Falleció en 1658.

Luisa de San Nicolás Fernández de la Fuente y de la Parra. Criolla poblana en 1611 entró al convento carmelita. Fue mujer de gran capacidad y talento, ocupando en el monasterio los cargos de priora, secretaria y contadora, puesto que exigía amplios conocimientos matemáticos, ya que el manejo de los bienes conventuales, rentas, censos, obras pías, etcétera, era bastante complicado. A pesar de que su padre había dado 10 000 pesos para la construcción del convento, ella trabajaba incansable "en la almohadilla" para ayudar a terminar el edificio.

El obispo don Juan de Palafox y Mendoza la tuvo en gran estima, considerándola una de las mejores monjas de su obispado.

Como escritora nos dejó otra parte de la crónica, describiendo la vida en el noviciado. Hizo las biografías de Juana de San Pablo, Teresa de Jesús "La Encantada", Luisa de San Nicolás, Mariana del Sacramento, María del Costado de Cristo y de la escritora mística Mariana de Jesús Nazareno. Falleció en 1668.¹⁴

Cuando esta primera generación de cronistas empezaba a desaparecer, el ilustrísimo señor don Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de Puebla, ordenó a las carmelitas que hicieran una nueva crónica, en la que consignaran todo lo que sabían de la fundación y de las madres más antiguas. Los cuadernos que las monjas escribieron los revisó él mismo, mandando que continuaran la crónica, anotando en ella todo lo que les pareciera importante en la vida

¹² *Ibidem*, pp. 108, 113, 121, 123, 125, 130, 141 y ss., 205, 244.

¹³ Pedro Salmerón, *Vida de la Venerable Madre Isabel de la Encarnación Carmelita descalza, natural de la ciudad de los Angeles, México*, Imp. por Francisco Rodríguez Lupercio, 1675, fol. 21 v.

¹⁴ Joseph Gómez de la Parra, *op. cit.*, pp. 93, 202, 263, 251, 255, 263, 264.

del monasterio, así como las biografías de las monjas distinguidas que fueran muriendo.¹⁵

Parece que la escritora más importante de esta segunda crónica fue la madre *Juana de Jesús María*. Gómez de la Parra nos informa que en 1679 ella redactaba el "grueso cuaderno" que él utilizaría más tarde para su historia.

Esto nos hace suponer que esta monja fue quien recopiló todas las pequeñas crónicas de las fundadoras e hizo con ellas una sola más completa que quedó, por así decirlo, como la crónica oficial aprobada por el obispo.

En el grueso cuaderno que escribió dedicó una parte a hablar de los capellanes que había tenido, de sus virtudes e influencia en la vida monástica. Éste es un caso insólito, pues no sabemos de otro en que las mujeres escriban biografías masculinas. Las noticias que dio la madre Juana de Jesús María sobre el licenciado Pedro Salmerón fueron utilizadas por Gómez de la Parra, dándole a ella siempre el crédito como su veraz fuente de información, y así dice: "en el cuaderno que dejó escrito la madre Juana de Jesús María, da noticia del licenciado Salmerón", y luego añade: "Testifica la madre Juana que su modo ordinario de vida... Esto dice la Madre Juana". Las citas continúan, con lo cual nos demuestra que ella escribió una biografía completa de su capellán en que narró desde su renuncia a la Audiencia de Guatemala, su vida como sacerdote, su ejemplar oficio de capellán de monjas, su continua oración y comunicación místicas con el arcángel San Miguel. Biografía que concluye con el testimonio de haber visto, después de mucho tiempo de muerto, su cuerpo incorrupto cuando por ciertas razones se abrió su tumba.

La madre Juana concluyó su obra relatando las biografías de las fundadoras Ana de San Pablo y Elvira de San José, y de las primeras religiosas que fueron María de la Encarnación, María del Costado de Cristo y las mencionadas cronistas Micaela de Santiago y Luisa de San Nicolás. Entre sus biografías de monjas hubo dos señaladas: la de Francisca del Espíritu Santo, aquella que tenía en su celda como guía en su profunda vida espiritual *La noche oscura del alma* de San Juan de la Cruz; y la de la hermana negra Juana Esperanza de San Alberto, a quien Gómez de la Parra llama "corona de todas las religiosas de su tiempo". Esta última la hizo por mandato del ilustrísimo señor don Manuel Fernández de Santa Cruz. Para ella no se basó únicamente en la experiencia del trato personal que durante treinta y nueve años había tenido con la hermana, sino que inquirió

¹⁵ *Ibidem*, pp. 140, ss., 252, 267 y ss.

noticias y pareceres de otras monjas para hacer una obra que hablase con verdad y justicia de la insigne morena.¹⁶

Juana de Jesús María era criolla poblana, hija de Alonso López de Zepeda y Francisca de Morante. Profesó el 22 de julio de 1642. Ocupó en el convento los cargos de priora y maestra de novicias. Además de su labor como cronista y biógrafa, su actividad manual fue incansable: "en todo género de costura fue muy diestra, labrando, deshilando, bordando todo lo necesario en la sacristía". Hizo los ornamentos de la iglesia, los vestidos de los santos, relicarios pequeños y grandes; de sus manos artistas salieron flores y rosas de seda y de oro, de lienzo y de buche que luego formaron los ramilletes con que se adornaban los altares en las festividades sacras.

Atraídas por su prudencia y sabios consejos, acudían las personas angustiadas con problemas y dolores físicos, y ella las consolaba y las ayudaba a solucionarlos, siendo correspondida después con limosnas en abundancia, y tanta, que se lograron comprar para adorno del templo cincuenta blandones de plata. No hubo celda en la que no hubiese algún objeto hecho por ella, dice su biógrafa la madre María de Cristo.

Por toda esa polifacética actividad Juana de Jesús María se nos presenta como el prototipo de la monja carmelita del siglo xvii, en la que domina la influencia de Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Monja observantísima de su orden, cuya profunda fe hizo decir al obispo Fernández de Santa Cruz que "no había conocido cristiandad tan sincera ni fe tan viva como la de la madre Juana de Jesús María".

De las carmelitas de Puebla hubo unos escritos que sería interesante estudiar. Se trata de la correspondencia que, por orden del obispo Fernández de Santa Cruz, sostuvieron con las carmelitas de Segovia.¹⁷ Desgraciadamente no la conocemos hasta ahora, pero en ella debe haber muchas cartas de Juana de Jesús María.

En la biografía de la hermana Juana Esperanza de San Alberto, que Gómez de la Parra reproduce apegado a su texto, lo mismo que en otros escritos, se muestra mujer de claro entendimiento que escribe con humildad y modestia, pero sin miedo a ser leída.

El párrafo de la biografía de la madre Ma. de la Visitación que presenta Gómez de la Parra nos muestra claramente su forma de escribir.

Francisca del Espíritu Santo. Fue hija de don Alonso de Villanueva, criollo, y doña María de Zavala, natural de Vizcaya. Escribieron

¹⁶ *Ibidem*, pp. 316-319, 373, 206, 252, 267, 318, 319, 384 a 403.

¹⁷ *Ibidem*, pp. 373-374.

su biografía las cronistas Juana de Jesús María, Micaela de Santiago y Luisa de San Nicolás. Profesó el 5 de junio de 1623 y ocupó casi todos los cargos del monasterio, de tornera, sacristana y enfermera a priora.

Como cronista nos dejó las biografías de las madres Melchora de la Asunción, Mariana del Sacramento y Francisca de la Natividad. Falleció el 22 de marzo de 1662.¹⁸

Isabel de Santa Gertrudis. Hija de Juan Rodríguez Jorge y doña Teresa Farfán, sevillanos avecindados en Puebla, profesó en el convento de 1632. Desempeñó los oficios de sacristana, tornera y enfermera, y fue la décima priora.

Dejó escritas las biografías de las madres fundadoras Ana de Jesús y Juana de San Pablo, además de las de las madres Marina de la Cruz, María de San Nicolás, María del Costado de Cristo y Francisca de la Natividad. Murió en 1675.¹⁹

La última de las cronistas que conocemos fue la ya citada madre *María de Cristo*, que era priora del monasterio cuando, en 1704, se cumplió el primer centenario de la fundación. Ella fue quien eligió al escritor que había de publicar la crónica de las carmelitas, y quien le proporcionó todos los escritos antiguos de sus antecesoras y los completó con los propios, sacados de las escrituras de la fundación y las biografías de otras monjas cuyas noticias se hallaban dispersas. Así, nos dejó las biografías de las madres Teresa de Jesús (segunda de este nombre), María del Niño Jesús, Isabel de la Concepción, Beatriz de Jesús Nazareno, y además se ocupó en llenar ese hueco que quedaba en el menologio, que era las biografías de las hermanas de velo blanco, las que no sabían leer, ni entendían latines, de las cuales sólo la de la negra Juana Esperanza de San Alberto se había escrito. Por ella conocemos a las hermanitas María de San Francisco, Juana de San Antonio, María de la Visitación, María de San Alberto, Teresa de Cristo y Teresa de la Madre de Dios.²⁰

Del convento de San José de México, vulgo Santa Teresa la Antigua, fundado en 1616, hay dos historiadoras notables, Sor *Inés de la Cruz* y Sor *Mariana de la Encarnación*. Ambas fueron monjas concepcionistas profesas en Jesús María que salieron de allí para fundar el primer convento carmelitano de la ciudad de México.²¹

¹⁸ *Ibidem*, pp. 214, 291 a 296.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 306, 307.

²⁰ *Ibidem*, pp. 306 a 309, 320, 326, 356, 362 y ss.

²¹ Josefina Muriel, *op. cit.*, cap. VIII, pp. 355 y ss.

Fue una costumbre generalizada que la fundadora y primera abadesa iniciara la crónica del monasterio. En este caso Inés de la Cruz la inició, escribiéndola en un cuadernillo que sus sucesoras titularon *Fundación del Convento de San José de Carmelitas descalzas de México, escrita por la fundadora Inés de la Cruz*.²²

Inés de la Cruz Castillet y Ayala nació en Toledo el 17 de enero de 1570. Vino a la Nueva España con sus padres siendo una adolescente. A la edad de 21 años profesó en el Real Convento de Jesús María, en donde se distinguió por su cultura, gran talento, su conocimiento de las matemáticas y de la música, en la que era artista consumada. A esto añadía su facilidad en el manejo de la pluma. Aunque nunca pretendió en sus escritos la perfección literaria, sino sólo la sencillez y la verdad, sus obras fueron apreciadas altamente por literatos como Sigüenza y Góngora. En la biografía de Marina de la Cruz que éste escribió en su *Parayso Occidental* usó textualmente los escritos de la madre Inés, según ya indicamos.

De esta pequeña crónica que publicó textual Sigüenza y Góngora, yo encontré manuscrita otra versión extractada, en el archivo del convento de San José titulada "Fundación del Convento escrita por la fundadora Inés de la Cruz".

Mariana de la Encarnación Herrera de Pedroza fue la segunda cronista del convento de San José de México. Nació el 20 de marzo de 1571 y murió el 6 de diciembre de 1657. Fue hija de Alonso Herrera e Inés de Pedroza. Entró en calidad de educanda al convento de Jesús María, cuando éste se fundó en 1580. A la edad de 16 años profesó allí como religiosa concepcionista. Fue una música distinguida, siendo por muchos años directora de la escoleta monástica. Conocedora de las obras de Santa Teresa que comenzaron a llegar en copias manuscritas a la Nueva España, empezó a promover la fundación de un convento carmelitano de mujeres en la ciudad de México, interesando en ello a la madre Inés de la Cruz, a la que, por su inteligencia y cultura, hizo cabeza de su proyecto. En 1616 logró con ésta la fundación del convento de San José (Santa Teresa la Antigua).

A la muerte de Inés de la Cruz, por orden de sus superiores escribió una historia completa de la fundación, en la que utilizó los datos

²² Inés de la Cruz, *Fundación del convento de San José de carmelitas descalzas de México, escrita por la fundadora Inés de la Cruz*, ACSJ; Hojas sueltas. Manuscritos cosidos en la obra del padre Juan Bautista Méndez ya citada.

de la crónica de Sor Inés, añadiendo innumerables noticias no consignadas antes. Su sentido de la historia está manifiesto a lo largo de la obra. Dios providente interviene en toda acción humana. La obra está concebida como la exposición de una vivencia de la autora. No hay separación de capítulos, pero sí un orden cronológico. Tiene un estilo claro, sencillo, en el que sólo se usan las palabras necesarias para exponer sinceramente la verdad vivida.

Su obra, formada por 107 folios quedó guardada en el archivo del convento "en un cuaderno forrado en negro y dorado".²³

En el año de 1823 fue copiada según parece por la madre María de la Encarnación,* quien también copió, aunque extractada, la relación de fiestas de inauguración que escribió el famoso literato del siglo xvii, presbítero Francisco Bramón y Vallejo. Esta copia que perteneció a Jenaro García nos fue enviada gentilmente en fotocopia por la Universidad de Austin. Gracias a ello hemos podido conocer la crónica de Mariana de la Encarnación.

Al leer la de fray Juan Bautista Méndez y compararla con la que hicieron las monjas, pude advertir el proceso que siguió el autor.

A su muerte les fue ordenado a las madres Bernarda de la Concepción, Petronila de San Ildefonso y María del Niño Jesús que escribiesen lo que supieran de ella. Finalmente, se encomendó en 1633 a esa magnífica escritora que fue la madre *Ana de San Bartolomé* (hija de Luis de Castilla y Beatriz Ramos) que redactara la biografía de Bernarda de San Juan. Sor Ana escribió una hermosa obra que fue copiada textualmente por el padre Méndez sin añadir nada ni corregir su estilo. Escribió, además, la biografía de la madre Isabel de San Alberto y su autobiografía.²⁴

Sor *Teresa de Jesús* en el siglo llamóse Manuela Molina Mosquera. Ya monja profesa en el convento de San José de Carmelitas, construido por sus padres, decidió fundar otro con la herencia que recibiera de ellos. En 1704 lo inauguró bajo el nombre de Santa Teresa (la Nueva). Fue ella la fundadora y primera abadesa y le correspondió iniciar la crónica del monasterio. Su obra breve existe inédita en los archivos monacales.²⁵

²³ Mariana de la Encarnación, *Relación de la fundación del Convento Antiguo de Santa Teresa (1571-1637)*. Copia hecha en 1823 por María de la Encarnación. Ms. en la Perry-Castañeda Library, Austin, Texas.

* Hija de Diego García Fernández y Dolores de Quintanar. Profesó en 1815 en el convento de San José de México.

²⁴ Ana de San Bartolomé, *Biografía de la M. Bernarda de Sn. Juan*. Hojas cosidas a la obra del padre Juan Bautista Méndez. Ms. ACSJ.

²⁵ ACSJ, hojas sueltas en un legajo que dice: "Estos apuntes son de la letra de N.M. Teresa de Jesús hija de nuestros patronos Esteban y Manuela".

Las primeras religiosas del convento dominico de Santa Catalina, que se fundó en México en 1583, dejaron escrito un cuaderno titulado *Razón de la Fundación*, que es la primera crónica. Completó ésta otro cuaderno, un menologio que contenía las biografías de las fundadoras y primeras religiosas. Su autora debe haber sido alguna de las fundadoras.* Beristáin cita otra crónica (la segunda) que escribió la madre Beatriz de las Vírgenes, natural de México, que se titula *Memorias históricas de las religiosas de Santa Catalina de Sena de la ciudad de México*. Yo he visto manuscrita otra que se titula *Noticias de la fundación de este convento de Ntra. Santa Madre Catalina de Sena de México y de algunas religiosas (de las muchas) señaladas en virtud que ha habido en él*. Se halla en un archivo privado y está firmada por la madre Juana de San Francisco que es la tercera cronista. Se trata de una obra que rebasa lo que en otras fue un cuadernillo. Tiene más de 74 folios y contiene la historia de la fundación y numerosas biografías. Las primeras crónicas fueron utilizadas por el padre Alonso Franco en la segunda parte de la *Historia de la Provincia de Santiago de México*, escrita en 1645. La crónica de la madre Juana de San Francisco es posterior, pues menciona a religiosas que vivieron a finales del siglo xvii. Desgraciadamente el archivo del convento de Santa Catalina de Sena de México, que tan celosamente se guardó, pues había todo un ritual severísimo para su conservación y orden, ha desaparecido.

El Convento de Santa Catalina de Sena de la antigua Valladolid (Morelia), fundado en 1595, tiene una hermosa crónica anónima. No he podido verla, aunque sé a ciencia cierta de su existencia por los datos que de ella se me han proporcionado.

El convento de Santa Catalina de Sena de la ciudad de Pátzcuaro, fundado en 1747, tuvo un archivo muy completo y ordenado que se dispersó cuando la exclaustración. Los documentos que hemos podido conocer de él, como son por ejemplo el *Testimonio de la fundación, erección y Real Cédula del Convento de Nuestra Señora de la Salud*, nos dan por medio de manifestaciones materiales toda la información sobre el aspecto jurídico, construcción material, fiestas de inauguración, llegada de las fundadoras, nombramientos de los primeros capellanes y obras pías vinculadas a la institución. Pero en todo esto nada hay escrito por las monjas.

Sin embargo, sabiendo que en todos los conventos había crónicas y menologios, podemos suponer que existió una crónica hecha por la

* Véase el capítulo respectivo en mi obra *Conventos de Monjas en la Nueva España, México, Editorial Santiago, 1946*.

primera priora María de Santo Tomás, la superiora Teresa de San Antonio o bien por la hermana de la anterior, la madre Eulalia de los Dolores Carrillo, de quien hay varios documentos manuscritos, entre ellos el interesantísimo *Libro de Inventarios*, hecho para responsabilizar a las monjas que fueran sacristanas de todos los tesoros de arte que tenía el famoso santuario de Nuestra Señora de la Salud, que al establecerse el convento se convirtió en iglesia de éste. Pudo escribir también la secretaria, que era María Manuela de San Antonio Melo.²⁶

Si existió esa primera crónica, no la conocemos, pero sí una segunda escrita después de la reapertura del noviciado en 1893. La obra se titula *Crónica en que se refieren los sucesos más notables acaecidos en este convento*.²⁷ Las cronistas fueron las madres María Rosa de Jesús Sacramentado (Soledad Rico), Margarita María del Sagrado Corazón (Calvillo) y María Imelda Loza.*

Las referencias que se hacen nos confirman la idea de la existencia de una primera crónica. Esto se agudiza más en el menologio en el que se refieren concretamente a biografías escritas anteriormente.

En esta crónica se presenta, como promotora de la fundación, a doña Josefa Antonia Gallegos, conocida como "la beatita de Pátzcuaro".

Relata después la fundación realizada gracias a los ilustrísimos Matos Coronado, Martín de Elizacochea, el capitán Pedro Antonio de Ibarra y su esposa doña Manuela Izaguirre y al cura bachiller don Eugenio Ponce de León. Termina con las biografías de las monjas notables, entre las cuáles se encuentran Nicolasa Javiera de Santa Teresa, de quien el padre Tomás Antonio Pérez publicó una biografía; Sor María Ana del Padre Eterno Velázquez, Ignacia del Rosario, María de los Cinco Señores, monja del siglo XVIII que escribió versos y coloquios dedicados a la interpretación del misterio de la Encarnación, y Ana de Pimentel y Murga, para quien sus ricos padres mandaron construir dentro del convento su celda o casa conventual en toda su forma, con piezas, patios y baños; labrados de cantera en arcos, contramarcos y puertas enteramente como era su casa paterna. Todo fue por el año de 1756. Las cronistas añaden que en el "nuevo siglo", cuando profesó la madre Faustina del Santísimo Sacramento

²⁶ ACNSS, Pátzcuaro. Propiedad particular.

²⁷ María Rosa de Jesús Sacramentado (Soledad Rico), Margarita María del Sagrado Corazón (Calvillo) y María Imelda Loza, *Crónica en que se refieren los sucesos más notables acaecidos en este convento*.

* En la lista de religiosas no coinciden nombres y apellidos.

Solórzano y Ugarte, sus padres le hicieron otra celda que era una casa entresolada con cinco piezas comunicadas y dos patios.*

Aparecen también las historias de Petra de Arrambide y otras monjas que las cronistas del siglo XIX sólo pudieron conocer por lo que escribieron las primitivas cronistas un siglo antes.

La vida de la madre Manuela de San José la incluyeron en los escritos dejados por una de las "niñas" que vivieron en el primitivo convento. Existe en el archivo un libro que comprende los años de 1747 a 1849 y que se titula *Libro en que se asientan las profesiones y fallecimientos de las religiosas de este convento desde su fundación*. Esta obra es muy importante porque a través de sus informes periódicos y las notas marginales que contiene, forma también otra crónica del monasterio.

El convento de la Purísima y San Ignacio de la ciudad de Guadalajara tuvo por cronista a la madre Sor *María Ana Josefa*. Nació en la ciudad de Lagos, Jalisco, en el año de 1732, llevando el nombre de Isabel Ortiz de Parada y Manzo de Zúñiga. Profesó como pobre capuchina en el convento de San José de su ciudad natal el año de 1757. Formó parte del grupo de monjas que en 1761 salieron para fundar en Guadalajara el citado convento de la Purísima. Allí ocupó los cargos de primera vicaria, segunda abadesa y cronista. Fue la autora de la *Crónica del convento de pobres capuchinas de Guadalajara*.

Su obra fue aprovechada por Francisco G. Alemán para su historia titulada *Apuntes sobre la historia de la fundación del convento de capuchinas de Guadalajara*.²⁸ Murió Sor María Ana Josefa el 4 de octubre de 1814.

El convento de monjas dominicas de Santa María de Gracia de la ciudad de Guadalajara, Jalisco, fundado por real cédula de Felipe II, dada en San Lorenzo el 13 de junio de 1588, carece de la crónica primitiva, tal vez como resultado de la dispersión del archivo cuando la exclaustración. Éste vacío en su historia trató de llenarlo el año de 1904 Sor *María Dolores de las Llagas de Jesucristo Rivera* escribiendo unas *Noticias históricas de la fundación del convento de Santa María de Gracia de Guadalajara y hechos más notables acaecidos en él*. Esta obra, escrita fuera de la época que nos ocupa, la mencionamos por su valor como fuente de información del citado monasterio.

* Es por esto por lo que en el exconvento hay tantos patios.

²⁸ José Ignacio Dávila Garibi, *Colección de documentos inéditos referentes a la fundación del convento de pobres capuchinas de Lagos del título de San José*, México, Ed. Cultura, 1968, pp. 114-115.

Del ilustre convento de la Concepción de Puebla fundado en 1593, no conozco quién de las fundadoras inició la crónica, empero podemos suponer con fundamento que la iniciara la madre Leonor de los Angeles, su primera abadesa. Conocemos después como cronista a la madre *María Josefa de la Concepción*. "Fue —dice su contemporáneo el escritor Diego de Lemus en su biografía de la V.M. María de Jesús de Puebla— mujer de feliz ingenio y elegante pluma, cuatro veces fue prelada del monasterio y largo tiempo tuvo el cargo de Chronista". Dejó un tomo que contiene las biografías inéditas de veinte monjas, además de haber escrito otras sobre dos de las más interesantes religiosas, como fueron las madres María Úrsula de San Juan y Agustina de Santa Teresa, su maestra en el noviciado, a quien nos referiremos en el siguiente capítulo.

De las obras de la madre María Josefa de la Concepción sólo se han publicado unos *Ejercicios de los desagrazos de Cristo Señor Nuestro que hacen en el convento de la Purísima Concepción*.²⁹

Martín Vallarta Aperregui dejó manuscrita una crónica del monasterio de la Purísima Concepción de la Puebla de los Angeles, con las vidas de sus venerables religiosas,³⁰ que sin duda fundamentó en escritos monjiles.

Del convento capuchino de San Joaquín y Santa Ana de Puebla sabemos que una de sus cronistas fue la madre María Teresa, que siendo abadesa del mismo, escribió y publicó en 1734 una biografía de la muy reverenda madre María Leocadia, fundadora de las capuchinas de la ciudad de Puebla, de la que hablaremos más adelante.

Existe una antigua crónica del convento de Santa Inés de México fundado en 1600 por monjas concepcionistas. Es anónima y está incompleta, pues le faltan biografías de las monjas distinguidas. La pérdida del menologio quiso suplirla en el siglo XIX una religiosa del mismo convento con los datos que recogió de su archivo, escribiendo una pequeña obra que se titula *Religiosas de grandes virtudes y muy favorecidas de Nuestro Señor*.³¹

Respecto a las agustinas, tenemos a Sor *Antonia de la Madre de Dios Escobedo Salcedo* que escribió unas *Memorias*³² en la segunda

²⁹ Sor Josefa de la Concepción, *Ejercicios de los desagrazos de Cristo Señor Nuestro que se hacen en el Convento de la Purísima Concepción de Nuestra Santísima Madre y Señora...*, Puebla de los Angeles, en el Colegio Real de San Ignacio, 1766.

³⁰ José Mariano Beristáin de Souza, *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*, 2a. ed., publicada por el presbítero bachiller Fortino Hipólito Vera, Amecameca, Tipografía del Colegio Católico, 1883.

³¹ Anónima, *Crónica del Convento de Sta. Inés*. Ms. ACSJ. Anónima, *Religiosas de grandes virtudes y muy favorecidas de nuestro Señor*. Ms. ACSJ.

³² Laureana Wright de Kleinhans, *op. cit.*

mitad del siglo xvii. Desgraciadamente las conocemos sólo por referencias. Deben ser interesantes para la historia de los conventos de Santa Mónica de Puebla y la Soledad de Oaxaca, ya que ella fue fundadora de ambos. Antonia Escobedo nació en 1662. Aprendió a escribir sola, por la gran necesidad que sentía de desahogar su corazón. Siendo una joven entró al colegio de Santa Mónica y fue una de las diez y nueve elegidas por el ilustrísimo Fernández de Santa Cruz para fundadoras del convento que sustituiría al colegio de ese nombre en 1688.

En Santa Mónica ocupó el cargo de secretaria y cronista durante ocho años. En 1696 salió del convento para fundar el de la Soledad de la antigua Antequera, en donde vivió hasta su muerte, ocurrida en 1742. En Oaxaca, al morir la madre Bernarda Teresa de Santa Cruz, ocupó el cargo de priora. Fue precisamente allí donde escribió sus *Memorias*, que tal vez existan en algún archivo oaxaqueño.

La fama de sus virtudes superó a la de su inteligencia y fue lo que movió a fray Jerónimo Sánchez de Castro a escribir y publicar su vida.

Una de las últimas crónicas femeninas escritas durante el virreinato es la del convento del Dulce Nombre de Jesús de Querétaro.

La crónica de los conventos carmelitanos de Querétaro y Morelia la inició la madre Bárbara de la Concepción (María Manuela Durán y López Cárdenas), que junto con la madre María Josefa de Santa Teresa (Antonia Gómez Rodríguez Pedrozo, marquesa de Selva Nevada), hiciera la fundación.⁸³ La obra se titula *Fundación y venida de las fundadoras, traslación, casos raros y extraordinarios del hospicio y convento de Religiosas Carmelitas del Dulce Nombre de Jesús de la ciudad de Querétaro. Año de 1803*. Este es un caso único. La cronista inició su obra en Querétaro en 1803, y cuando se fue a Valladolid (Morelia) a fundar el convento de Jesús María y José, se llevó sus escritos y continuó allí su obra, relatando entonces la fundación y primeros años de vida de este nuevo monasterio.⁸⁴

Las carmelitas de Querétaro se quedaron sin crónica, pero la suplieron con el *Libro de votaciones, hábitos y profesiones del Convento del Dulce Nombre de Jesús*, en que se consignan, en forma por demás impersonal, los hechos más importantes de la vida conventual. Quien se encargó de este libro fue la nueva prelada, que también había sido de las fundadoras, la madre *Eufrosina de San Juan Bau-*

⁸³ Josefina Muriel y Alicia Grobet. *Fundaciones neoclásicas. La Marquesa de Selva Nevada, sus conventos y sus arquitectos*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1969.

⁸⁴ Ramón Martínez, *Las Carmelitas Descalzas de Querétaro*, México, Editorial Jus, 1963 (Monografías Históricas de la Diócesis de Querétaro).

tista, la cual escribió además las biografías de las monjas notables, como fueron las de la madre María Bárbara de la Concepción, María Josefa de Santa Teresa, María Clara de San Eliseo y María Jesús del Señor San José.³⁵

No sólo los conventos, sino también los colegios y beaterios tuvieron sus crónicas escritas por mujeres. Conocemos algunas de ellas, como es la del *Real Colegio de San José de Gracia*, fundado en 1640, en la ciudad de Santiago de Querétaro.

La crónica se escribió hacia 1680, cuando el primitivo recogimiento de mujeres piadosas se había transformado ya en el Real Colegio de San José de Gracia de beatas carmelitas.

La autora anónima tituló su obra *Memorias del Convento de Beatas Carmelitas de esta ciudad de Santiago de Querétaro*.³⁶

Se trata de una pequeña crónica en la que todo está dicho en forma clara y concisa. Sin embargo, contiene todos los elementos que encontramos en las grandes crónicas. Tiene una introducción o preámbulo en que revela el espíritu que alentó a la creación del beaterio y las razones que crearon la institución. Aunque en forma muy breve, explica quiénes fueron aquellas mujeres que la fundaron, sus deseos de retirarse de la vida familiar, para dedicarse sin estorbos de ninguna clase a vivir una vida más intensamente religiosa sin ser monjas. Habla después de esa situación económica y social tan infima que casi era de indigentes; de sus esfuerzos para lograr, a pesar de su escasa cultura y ausencia de bienes de fortuna, un edificio que supliera a las miserables viviendas que tenían, una iglesia digna y, finalmente, un colegio en que el rey se interesara y tomara bajo su protección.

No carece la crónica del menologio usual en el que aparecen las biografías de las fundadoras, destacándose la de una beata, india otomí, llamada Salvadora de los Santos. De esta destacada indígena el jesuita Antonio de Paredes escribió una biografía llamada *Carta Edificativa de la hermana Salvadora de los Santos*.³⁷

La crónica no termina, queda abierta para que se sigan añadiendo

³⁵ Eufrosina de San Juan Bautista, *Libro de votaciones, hábitos y profesiones del convento del Dulce nombre de Jesús de Querétaro*, ACDNJ.

³⁶ Josefina Muriel, "Notas para el estudio de la educación de la mujer durante el virreinato", *Estudios de Historia Novohispana*, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1976, vol. v, pp. 97-110.

³⁷ Antonio Paredes, S.J., *Carta edificativa en la que el P. Antonio de Paredes de la extinguida Compañía de Jesús, refiere la vida exemplar de la hermana Salvadora de los Santos, india otomí, que reimprimen las parcialidades de San Juan y Santiago de la Capital de México*, reimpressa en México, Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1791.

los hechos más importantes y para que se vayan escribiendo las vidas de nuevas generaciones. Al leerla nos da la impresión de que la cronista entendía la historia humana como constante devenir que no se corta, que no se termina con una fecha y una firma.

A Magdalena Villagrán, a Josefa Estrada y Zúñiga y a María Salvadora, las sustituirán otras que por años y años educarán a las niñas queretanas, porque la institución creada por ellas trasciende sus vidas de modestas y generosas mujeres.

De la misma ciudad de Querétaro conocemos otra crónica, la del Real Colegio de Santa Rosa de Viterbo, fundado en 1720. La cronista María de Jesús Alonso de Herrera, cofundadora de la institución, la escribió en el año de 1730.⁸⁸

Ésta es una de las crónicas mejor estructuradas que conocemos, lástima que el ejemplar visto esté mutilado. Se trata de una gran obra hecha con un planteamiento previo, dividida en capítulos, de los cuales conocemos doce y parte del menologio. Toda ella es un documento interesantísimo sobre los alcances de la espiritualidad entre las mujeres novohispanas, de esas que convivieron con el famoso fray Antonio de Linaz O.F.M., creador de los colegios de Propaganda Fide cuyo primer eslabón fue el de La Santa Cruz de Querétaro. Jóvenes que fueron dirigidas por egregios misioneros como fray Antonio Margil de Jesús. Mujeres también como las anteriores de mediana clase social y pobres, un tanto fanáticas e incultas, pero con una fe y fortaleza extraordinarias, que conmovieron a los hombres para que les fabricasen el hermoso edificio del colegio y su incomparable iglesia, cuya belleza aún nos emociona. Crónica criolla que va manifestando ya lo propiamente mexicano.

La cronista María de Jesús Alonso no tuvo una gran cultura, era modesta y tímida, pero también obediente al mandato de su confesor y dócil a una "inspiración interior" que la movió a dejar constancia de los sucesos extraordinarios que había vivido en el colegio.

Sus relatos, que ella firma, son apegados a la verdad, y nos parecen en ocasiones increíbles por extraordinarios. Pueden ser aceptados o no, lo importante de ellos es que nos revelan la personalidad de una mujer del siglo XVIII, y nos muestran un mundo femenino en el que lo vulgar y lo ordinario se mezcla con lo sublime y lo místico, con lo demoníaco y tal vez con lo histérico. En el fondo de todo hay

⁸⁸ María de Jesús Alonso Herrera, *Crónica del Real Colegio de Santa Rosa de Viterbo de la ciudad de Santiago de Querétaro*, 1730. Manuscrito propiedad de Rafael Ayala Echevarri.

un cristianismo que se vive intensamente en el propio y personalísimo estilo de nuestras mujeres provincianas.*

Del Colegio de Nuestra Señora de los Dolores, fundado en 1670-1683 por beatas terceras franciscanas en San Juan del Río, Querétaro, sólo conocemos párrafos de lo que pudo ser una crónica, lo cual nos hace pensar que tal vez existía una. Sería interesante localizarla porque también es fundación en la que intervienen los franciscanos fray Antonio de Linaz y fray Antonio Margil de Jesús.³⁹

En este mismo siglo, un grupo de monjas de la Compañía de María escribe y publica en 1784 la crónica del convento de Nuestra Señora del Pilar, llamado comúnmente La Enseñanza, que en 1754 había fundado María Ignacia de Azlor y Echevers. El espíritu moderno de esta congregación, fundada en Francia en pleno siglo de la Ilustración, hace que las monjas no sean ya las tímidas mujeres que escriben obligadas por la obediencia y sólo para otras monjas; ellas desean que sus escritos salgan a luz, que sus obras se conozcan y que la labor de su fundadora, la aristócrata y opulenta María Ignacia, que puso toda su riqueza al servicio de las niñas y toda su inteligencia, juventud y preeminencia a la mejor formación de las mujeres de su patria, sea valorada.

Esta obra se titula *Relación histórica de la fundación de este convento de Nuestra Señora del Pilar*.⁴⁰ Contiene como elemento central la biografía de la fundadora, alrededor de la cual se desarrolla toda la historia de la fundación del colegio. Se exponen en ella los trabajos que costó realizar la fundación, los motivos que se tuvieron para ella, los medios económicos con que se contó, las aprobaciones reales y pontificias que se dieron para establecerla, las fiestas de inauguración y la forma de vida del colegio y convento. Se menciona a las primeras colegialas que llegan a educarse, así como a las primeras novicias que ingresan para profesar como monjas de enseñanza.

La obra, bien organizada, pulida y cuidada con esmero en su publicación, nos habla por sí misma de que un cambio profundo estaba ocurriendo en el pensamiento del siglo XVIII, que se trata de

* La obra completa está siendo ya editada por los Institutos de Investigaciones Históricas e Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México con estudios de las doctoras Elisa Vargas Lugo y Josefina Muriel.

³⁹ Rafael Ayala Echevarri, *San Juan del Río. Geografía e Historia*, México, s.p. i., 1971, pp. 49-55.

⁴⁰ Monjas de la Compañía de María, *Relación histórica de la fundación de este convento de Nuestra Señora del Pilar, Compañía de María, llamada vulgarmente La Enseñanza en esta ciudad de México y compendio de la vida y virtudes de la M.R.M. María Ignacia Azlor y Echevers su fundadora y patrona...*, México, Imp. Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1793.

una institución encajada ya en el pensamiento ilustrado de la Nueva España.

Reproducimos a continuación unos párrafos de las crónicas femeninas para que se conozca también su forma literaria.

Crónica del Convento de San José de México (Santa Teresa la Antigua) escrita por la Reverenda Madre Inés de la Cruz, de Castillet, en 1625

En el nombre de la Santísima Trinidad Padre, Hijo y Espíritu Santo y de mi madre y señora la gran reina del Carmen, hoy 5 de septiembre de 1625 años comienzo a escribir la fundación de San José de carmelitas descalzas de México para gloria de Dios y que sea servido y amado de las almas de este vergelito que si puede haber cielo en la tierra lo es estos rincones donde el Señor se viene a recrear y aliviar de las ofensas que le hacen con sus pecados esos ingratos del mundo. Muchos días ha que me mandó hacer esto nuestro padre provincial, el padre fray Esteban de San José y al presente el que tengo en lugar de Dios, el padre Gaspar de la Figuera de la Compañía de Jesús a quien obedezco de muy buena gana por entender es gusto de Dios. En verdad, movida la voluntad que hasta aquí sentía repugnanza, la memoria es poca, la torpeza mucha. El término desde que se fundó nueve años y medio. Mediante la gracia de Dios diré lo que se me acordara.

Desde que tuve uso de razón deseé ser religiosa, sin jamás haber tenido un breve pensamiento en contrario, y que fuese en orden muy estrecha, sin otro discurso sólo padecer mucho por el que dio su vida por mí.

Vivían mis padres en Toledo, muy cerca del convento de carmelitas descalzas. No merecí tomar allí el hábito por venirse ellos a las Indias siendo yo de catorce años. Mi madre y dos hermanas venían para morir de pena, yo muy alegre pensando habría ocasión en este reino para morir mártir. Así hacía discursos de los tormentos que había de padecer. Sólo el pensarlos me traía con fervor. Tuve por buen pronóstico llamarse el navío en que vinimos de Santa María, por la gran devoción que tenía por Nuestra Señora, llegada a esta ciudad pensé ser luego monja, dilatose hasta tener diez y ocho años.

Siempre me han venido grandes bienes por medio de los padres de la Compañía. Uno que me confesaba, viendo que mis padres estaban remisos, me concertó con el convento de Jesús María. Dentro de un día tomé el hábito, aunque con gran dolor de mi corazón por no ser en las descalzas. Fue el más alegre

día que hasta allí había tenido por salir de este mundo que yo tan mal quería.

Tomé el hábito viernes de la octava de la Resurrección a 22 de abril de 1588 años.

A seis o siete años de profesión enfermé, sin saber los médicos, aunque eran buenos, de qué achaque, porque no era de su facultad. Yo tuve la mayor culpa en no declararme. Con los muchos remedios me enfermaron, dejándome desahuciada. Mas sanóme el médico del cielo porque no se había llegado el término de la partida. Estuve más de ocho años con quitárseme la calentura, medio ética y otros achaques que me obligan a comer carne hasta el Viernes Santo y estar lo más en la cama, sin poder pasar sin tomar algo cada un rato de noche, que si no me desmayaba que parece que moría.

Viéndome se me pasaba la vida tan miserablemente, determiné morirme siguiendo comunidad. Con no hacer más remedios fui mejorando, cuando del todo perdí el miedo a la muerte, me dio el Señor más entera salud que a otras y con las pocas fuerzas que siempre he tenido quiso Dios que hiciese más que las fuertes... Acábase de escribir esto hoy 16 de septiembre de 1629, para gloria de Dios y que su majestad sea amado y servido de las que al presente son y de las que les sucedieren. En este convento de San José de carmelitas descalzas de México. Inés de la Cruz, esclava de Jesucristo.⁴¹

La crónica que Sigüenza publicó dice: "y esto acabo hoy 3 de enero de 1629 años. Ynés de la Cruz".

*Relación de la fundación del Convento Antiguo de Santa Teresa *
escrita por la Madre Mariana de la Encarnación el año de 1641*

JESÚS

MARÍA

JOSEPH

En el nombre de Dios, y de la Virgen María del Monte Carmelo por odebecer a mis preladados y confesores que me significan será servicio de nuestro Señor y consuelo de siervos dejase escrita la fundación de este convento de tarmelitas descalzas de México y los motivos y fines que movieron a la madre Inés de la Cruz, y a mí para hacer esta fundación habiendo sido mu-

⁴¹ Inés de la Cruz, *op. cit.*

* Este título lo puso al madre María de la Encarnación, que copió la obra de su antecesora en 1823. El llamarlo "Antiguo Convento" cuando no existía aún el nuevo y el titularlo de Santa Teresa en vez de San José nos lo evidencia más aún.

chos años religiosa del hábito de la Concepción. No me deja de ser dificultoso al haberla de escribir por haber veinticinco años cumplidos que se fundó, que fue el año de mil seiscientos dieciséis, primer día de marzo y aunque la escribió la madre Inés de la Cruz que sea en gloria y yo hice otro cuadernillo de los medios tan extraordinarios y misericordias por donde dispuso nuestro Señor esta fundación, hanse perdido estos papeles y porque haya memoria como la hay en todos los conventos de estas fundaciones, y de las particulares misericordias y providencia con que Dios nuestro Señor dispone todas las de nuestra sagrada religión, fiada en su misericordia me determiné a escribirla de nuevo, con la verdad y fidelidad que debo a Nuestro Señor para cuya gloria ofrezco este pequeño trabajo.

Para mayor claridad y llaneza me parece decir el motivo que tuvimos para dejar nuestra antigua religión de Nuestra Señora de la Concepción. Yo entré en ella, en la fundación del convento de Jesús María, tan pequeña, que no tenía nueve años cumplidos, y como en fundación nueva en donde hay tantos cuidados de obra, recepciones de novicias y niñas, no se tenía el que era menester en criar y doctrinar a gente pequeña faltóme el magisterio necesario para las futuras misericordias que Nuestro Señor me había de hacer de oración, mortificación y ejercicio de virtudes y finalmente profesé a un tiempo de edad de dieciséis años...

En los párrafos siguientes Sor Mariana nos muestra la vinculación del pueblo y las autoridades con los conventos de monjas, en especial con éste de carmelitas, por la fama extraordinaria que en aquel tiempo había alcanzado Santa Teresa de Jesús:

Vinieron los marqueses de Guadalcazar deseosos de hallar en las Indias convento de carmelitas, luego que llegaron fueron nuestros padres a darles la bienvenida, preguntóles la señora marquesa, si había en esta ciudad religiosas de la orden, dijeron que no, aunque había muchas que lo deseaban, en especial dos religiosas del convento Real de Jesús María.

Alegróse mucho la señora marquesa diciéndoles que con la brevedad posible irían a vernos y que nos ayudaría, en habiendo arzobispo, a conseguir nuestros buenos intentos que estaba ya proveído y le esperaban en la primera flota, como en efecto vino y dio licencia a la señora marquesa para visitarnos y con la noticia que de nuestros padres y el doctor Quezada* la habían dado de nuestros deseos, entró en el convento con grande alegría, diciendo madre abadesa llame aquí a las que quieren

* Oidor que ayudó grandemente a la fundación.

ser carmelitas que desde luego han de ser mis amigas, y las tengo de ayudar mucho. Mandónos venir a su presencia y asiéndonos de las manos nos llevó hasta la sala, que la tenían aderezada para darle música y de merendar. No consintió nos separásemos un instante de ella, sin reparar a la cortesía que se le debía a la madre abadesa a que nada de esto hizo buen gusto, ni a las demás, porque la emulación donde quiera se entra; y pareciéndoles era culpa nuestra no advertir a la señora marquesa que aquí el agasajo se había de hacer a la prelada, pasóse toda la tarde en hablar de las carmelitas de España, y nos contó cómo ella había estado tres meses en un convento nuestro, y había deseado mucho ser religiosa en él, y que no la dejó la reina por ser de poca edad, prometiéndola que en teniéndola la dejaría con mucho gusto...

A la intercesión de la marquesa con su esposo el virrey se debió el que se concediera permiso de iniciar la obra del edificio cuando aún no se tenía reunido el dinero que, como garantía para el sustento de la institución, requerían las disposiciones reales. Fundado el monasterio dice la cronista:

La señora marquesa entraba cada tercer día a hacer oficio de priora visitándonos la ropa, tocado, jergones, y la disposición de las camas, como había estado en uno de nuestros conventos como tengo dicho. De ahí a tres días dimos el hábito a su criada,* la madre Beatriz de Santiago con mucha ostentación que fue su excelencia la madrina...

Líneas abajo añade:

Predicó su ilustrísima y al fin del sermón encargó al pueblo las limosnas para la obra (que estaba toda la casa por hacer), salió otro día el doctor Quezada y en su compañía Juan Martín Ferrufino que hace nuestro mayordomo a pedir limosna por toda la ciudad para el sustento y obra de este convento, y apenas quedó persona que no ofreciere de su caudal, y algunas limosnas tan cuantiosas que era para alabar a Dios, uno nos dio pan ocho años, tan sobrado que cada día dábamos de limosna la mitad, todos los tenderos y oficiales de la ciudad dieron cédulas, en que se obligaban a dar todo lo necesario de semillas, pescado y otros géneros, para el sustento de las religiosas; unos por seis, cuatro y dos años y algunos por toda su vida, y así hubo tiempo que para vestido y sustento no se gastaba real, que

* Dama de honor.

cada mes nos llenaban la casa de que era menester, de manera que para que observásemos la santa pobreza nos mandaba el señor arzobispo diésemos de limosna todo lo que nos sobrara a los conventos pobres, y monjas necesitadas que decía ser las verdaderas pobres vergonzantes y sabiendo lo que dábamos decía por gracia miren en qué ha parado la pobreza de mis carmelitas que dan limosna a los otros conventos.

Hay en la crónica dos párrafos en que se muestra cómo esa rivalidad naciente entre criollos y españoles, que tan conocida es en el clero masculino, también se reflejaba entre las monjas. El nacer y vivir aquí aunque se llevase sangre española ya desde fines del siglo XVI daba carácter distinto, costumbres y modos de vivir que diferían de lo peninsular.

... mis hermanas y deudas que eran hartas, me ayudaban a atribular diciéndome para qué me metía en aquellas novedades que Dios me había traído desde pequeña a aquella religión donde era amada de todas, y dándome talentos para vivir en su compañía con gusto, que dejase a la madre Inés de la Cruz, que era propiedad de gachupinas ser noveleras, amigas de hacer ruido, ambiciosas para ganar fama y que hiciese caso de ellas, razones que me afligían por saber yo sus santos deseos y pura intención...

Lo que prelados españoles pensaban de las criollas lo explica así:

... llegó a noticia de nuestro padre provincial y visitador fray Tomás de San Vicente que se trataba de esta fundación, y reprobándola decía en ocasiones que no en sus días, que mientras él fuese prelado no consentiría fundasen convento de religión que profesa tanta perfección criollas regalonas y chocolateras, que traeríamos tres o cuatro criadas cada una que nos sirviesen; y a este tono otras muchas cosas...

Termina la relación con estas palabras:

Paréceme he cumplido lo que me mandó la obediencia de escribir esta fundación tan prolija y larga, no he podido ni he sabido más, pido humildemente perdón de las faltas y sobras. Pues se sabe que de mi cosecha no tengo más que ignorancias y desaciertos, consuélame con que no ha sido yerro de obedecer y mortificarme en vencer la resistencia que en hacer esto he tenido; glorificado sea nuestro Señor por todos, en los siglos

de los siglos Amén. La más imperfecta e indigna de este convento.

Mariana de la Encarnación.⁴²

Crónica escrita por una beata anónima del Real Colegio de José de Carmelitas de la Ciudad de Querétaro. Siglo XVIII.

La cronista anónima que a fines del XVIII escribe las *Memorias del Convento de Beatas Carmelitas de esta ciudad de Santiago de Querétaro*, principia su obra con este párrafo:

In nomine Jesu Christe. Amén. Todo buen principio procede del Padre de las lumbres quien moviendo con su gracia los corazones de el buen deseo y cultivando con sus soberanas asistencias la celestial semilla, hace que ésta lleve a su tiempo óptimos frutos de santidad. Ni son pocos los que está produciendo este beatario de carmelitas descalzas de la ciudad de Santiago de Querétaro, que se fundó canónicamente el día 19 de marzo consagrado al gloriosísimo patriarca señor San José, su titular y especialísimo protector del Carmelo reformado, corriendo el año de 1740 y prometiendo los más copiosos en lo futuro, con el favor divino. Este argumento convence que Dios fue el autor de esta obra desde sus principios.

El instrumento que para montar la nueva planta, tomó la divina Providencia, fue una mujer verdaderamente varonil, inclinada a la virtud desde sus más tiernos años y de no vulgares pensamientos.

Nació en el pueblo de San Juan del Río, de familia notoriamente honrada, y se llamó María Magdalena Flores Villagrana. Se conservó doncella, y habiendo pasado a esta ciudad, asentó ejemplar vida, frecuentando sacramentos y gobernándose por los consejos de un religioso carmelita, varón espiritual, a quien eligió confesor suyo. Por dictamen de éste, siendo de cuarenta años, se vistió exteriormente el hábito de nuestra madre la Señora del Carmen a quien se consagró afectuosa y llamándose desde entonces María Magdalena del Espíritu Santo, renunció resueltamente al mundo, para seguir más pronta los impulsos del soberano Espíritu. Inspiróla éste la fundación de un voluntario recogimiento, en que viviendo algunas doncellas virtuosas, vistiesen su mismo hábito y en cuanto les fuese posible procurasen observar la regla que a sus reformadas monjas dio la esclarecida madre Santa Teresa de Jesús. Comunicó su idea al reve-

⁴² Mariana de la Encarnación, *op. cit.*

rendo padre fray Juan de los Apóstoles, carmelita, director por este tiempo de su espíritu y aprobándola éste, dio sin tardanza paso a la ejecución. Y debiendo ser lo primero el estalaje en que habían de albergarse sus alumnas.

No pudieron las nuevas beatas perseverar mucho tiempo en este hospicio, porque la humedad demasiada de su suelo les era muy adversa a la salud. Habiendo experimentado notables detrimentos de ella, lo trocaron por otro que tomaron en la segunda cuadra de la calle que va de las Capuchinas para el río, frente de la casa que fue del capitán Velásquez, en casa que era de Marcos Blanco, a la que entraron el día 9 de octubre de 1736. Tampoco en este domicilio fue larga su habitación, porque deseando doña María Castilla doncella septuagenaria que su casa en algún tiempo se convirtiese en convento de religiosas hijas de Santa Teresa, le pareció en lo ejecutivo endonársela a las que vestían su hábito y observaban su instituto. Trájaselas a ella a dos de noviembre del mismo año 1736. Está situada esta casa a espaldas del convento del Carmen, esquina que hace frente a la de su casa hacia la parte del río. Al mes y medio de mudadas se les agregó María Salvadora Ramos, india noble criada en Chichimequillas. Desde su mocedad aprendió a leer y escribir, y siendo adulta se ejercitó en el empleo de pastora. Se mantuvo doncella y siempre virtuosa. Pidió ser recibida en la nueva fundación, para servir en los oficios domésticos y solicitar limosnas fuera de casa, con que aliviar las necesidades de las fundadoras, que era grande: y fue admitida su propuesta siendo recibida para donada, con hábito proporcionado a su esfera a 18 días del mes de diciembre del año de 1736.

Entretanto que éstas iban corriendo el tiempo de su noviciado, no quiso perderlo el padre don Diego, sino que ansioso de que esta nueva planta se radicase y tomase toda la solidez necesaria para la permanencia, recurrió al ilustre Ayuntamiento de esta ciudad, pidiéndole por escrito su beneplácito y protección para el reciente recogimiento. Condescendió éste en que se atendiese como bien público y se fomentase para el servicio de Dios. Pasó su diligencia al ilustrísimo excelentísimo señor doctor don Juan Antonio de Vizarrón Eguiarreta arzobispo entonces de esta diócesis y presentándole un memorial, en que suplicaba concediese su licencia para un oratorio interior en que las beatas dichas oyesen diariamente misa. El señor arzobispo inclinado siempre a fomentar semejantes obras del servicio de Dios, deseoso de que canónicamente se erigiese en beaterio formal el voluntario recogimiento, con rigurosa clausura... concedió la licencia de Oratorio que se pedía, y la que no se intentaba de fundación con la cual incorporaba en su jurisdicción eclesiás-

tica el carmelitano beaterio, recibía a sus individuos bajo su pastoral cayado, y declaraba espirituales todos sus bienes.

Recibióse el plausible despacho el día 15 de julio año de 1739 y siendo víspera del que la religión carmelitana celebra a su santísima titular, parece que agradándose la gran Señora en sus nuevas hijas, dispuso en su festividad darle este consuelo. Tuviéronlo grande las beatas carmelitas y enfervorizado con el feliz éxito de su pretensión el padre don Diego, procedió a disponer la casa de suerte que pudiese tener la forma de claustro religioso. Fabricó portería y locutorio, capilla y coro. Todo lo cual concluido dispuso sus estrenos para el día 19 de marzo consagrado al glorioso patriarca señor San José tutelar de todo el orden carmelitano, y de esta casa titular escogido en el año 1740. Hiciéronse dicho día por la tarde, asistiendo a la función el señor juez eclesiástico, muchos religiosos, clérigos y seculares de distinción, y precediendo una plática que dijo el reverendo padre maestro Antonio de Paredes de la Compañía de Jesús, dio el señor juez eclesiástico la profesión a cuatro novicias.

Desde este día comenzó con todo rigor la clausura en que se contenían once personas: conviene a saber de las siete ya expresadas seis, y las cuatro que entraron de nuevo cuya profesión fue el día dicho, con una novicia que no había cumplido el tiempo de su noviciado. De suerte que habiéndose mudado a esta casa las carmelitas, una que fue María de Soto, obligada de sus enfermedades sobre sus años que pasaban de cuarenta, se volvió al siglo por febrero del año de 1738. Entraron en su lugar las tres Farias, y dos días después Ana María Bandujano. Después a 7 de junio de 1739 tomó el hábito Ana Gertrudis de Cervantes. Llamóse ésta en el beaterio, de la Coronación; Ana María se llamó de San Bartolomé; María Micaela se llamó de la Asunción; María Antonia se llamó de San Alberto, y Mariana se llamó del Padre Eterno.

...Éstos han sido los principios, estados y progresos del beaterio del Señor San José de carmelitas descalzas: cuyas entradas profesiones y sucesos se ponen en este libro que se ha formado, para que en todo tiempo conste las que han tomado el hábito y de éstas las que han profesado...⁴³

La hermana María de Jesús comienza su *Crónica del Colegio de Santa Rosa de Viterbo* con la siguiente introducción:

Hoy treinta de abril día del patrocinio del señor San José, comienzo obligada de la obediencia y moción interior que por

⁴³ Josefina Muriel, "Notas para el estudio de la educación en la Nueva España", *op. cit.*

espacio de más de veinte años he tenido, cuando movida repentinamente en mi interior a dar una breve noticia o corta relación perteneciente a este dicho colegio. Así se me ha mandado hacerlo por espacio del tiempo que tengo dicho, repetidas ocasiones por el señor bachiller licenciado don Matías de Híjar, abogado de la real Audiencia, de la ciudad de México, nuestro padre y especialísimo bienhechor y protector, de todos los aumentos, así espirituales como corporales de este dicho colegio, con cuyas corridas diligencias goza al presente el título de Colegio Real de Santa Rosa de Viterbo, por cédula de su majestad, con que le favoreció por los años de mil setecientos veintiocho. Mandóme hacer lo mismo el muy reverendo padre Juan Antonio de Mora, siendo actual rector del colegio de la Compañía de Jesús de esta ciudad, y juntamente fue del mismo sentir el muy reverendo padre predicador apostólico, fray Isidro de Espinoza, del religioso colegio de la Santa Cruz de esta ciudad. Todos los que tengo insinuados, han sido padres muy íntimos en el trato y comunicación (digo), conocimiento de los interiores de las almas que habitan dicho colegio y asimismo de las exteriores y bien conocidas mercedes y altísimas providencias con que su majestad le ha favorecido, derramando en dichas habitadoras los esmeros de su gracia y abundantísimas misericordias, con conocidos favores y especialísimos beneficios. Siendo yo la más inútil de sus habitadoras y una de las que han visto sus principios, he tenido mucho que admirar y he asentado algunas cosas que por especiales, cuando las he comunicado, me ha sido mandado que las escriba, como lo hago al presente, ayudándome de las hermanas fidedignas del mismo colegio, como son las que por tanto tiempo han mantenido el gobierno, que son la actual rectora Francisca de los Angeles fundadora y madre de dicho colegio y su vicaria, Isabel María de Santa Rosalía, personas de todo juicio y talento y bien experimentadas en los contratiempos y baterías del enemigo, con que ha procurado arruinar y destruir dicho colegio, como diré adelante, con la bendición de Dios y la de mi actual confesor que lo es al presente el señor bachiller don Juan de Hurtado, bajo cuya obediencia lo he comenzado a escribir lo que por espacio de tantos años he resistido. Quiera su Divina Majestad que todo lo que dijere sea para honra y gloria suya, que no pretendo más de que sea alabado y que no quede en olvido lo que tan liberal ha querido manifestar. Y para proseguir, me valgo del patrocinio de nuestra reina y señora María Santísima y de mi señor San José con cuyas asistencias espero en todo el acierto, no queriendo que en lo que dijere se le dé más crédito que lo que pide una fe humana y piadosa.

Capítulo primero del origen y principio de este venerable Colegio bajo del título de Santa Rosa de Viterbo

En los años del señor de mil seiscientos y setenta, hubo en esta ciudad de Santiago de Querétaro un hombre llamado Juan Alonso, hombre de buena calidad y obligaciones, aunque pobre. Fue casado con una señora llamada Antonia de Herrera, bien nacida y de buenas costumbres con que se acompañan estos dos buenos casados en su estado, con buen ejemplo con sus buenas obras y sencillez proceder. Fueron buenos cristianos y temerosos de Dios y así su Majestad los favoreció con este caso, que en muchas ocasiones me lo refirió la buena señora con la verdad y sencillez que acostumbraba, que habiendo adquirido este sitio para su habitación había en él una cruz de madera de pino y que queriéndola mudar los naturales que habían ya vivido en dicho sitio, no lo pudieron conseguir, por más diligencias y fuerzas que hacían para mudarla se les hacía más pesada con que se resolvieron a dejarla, con que quedaron sus poseedores muy consolados y agradecidos al bendito madero que quiso quedarse en su compañía y hoy lo gozamos en la nuestra, en uno de nuestros claustros, en donde se conserva entera y buena, habiendo pasado lo que tengo referido más de setenta años...

Capítulo segundo del modo de vida que estas señoras tuvieron después de la muerte de dicho Juan Alonso

Habiendo quedado en su viudez esta buena y virtuosa señora con solas sus tres hijas, que aunque habían sido nueve los de su matrimonio, uno se hallaba ya religioso de nuestro seráfico padre San Francisco y los demás en estado de matrimonio. La una de las tres hijas, la mayor que fue Clara de la Asunción, era en ese tiempo también viuda que había sido casada por espacio de más de un año sin haberse separado por su estado de obediencia y compañía de sus padres. Y así quedo en el número de las tres hijas que tengo dicho.

Eran estas señoras pobres, con tan sólo la casa en que vivían, sin nada señalado para su mantenimiento. Si sólo tenían pasos dados en la virtud había algunos años que frecuentaban los sacramentos a menudo, por orden de su confesor, que lo era entonces el muy reverendo padre Francisco de Frutos del venerable colegio apostólico de la Santa Cruz y por falta suya lo fue el muy reverendo padre lector fray Pedro Sichiari del mismo colegio, quien con su grande espíritu las tomó muy a su cargo para encaminarlas por el camino espiritual y ejercicios de vir-

tudes, amonestándoles el retiro y soledad, para cuyo fin les aconsejó que hiciesen cada una su aposentito en donde se pudiesen recoger para sus ejercicios. Hicieronse pero tan estrechos y cortos que no cabía más de una corta cama de tabla y media, ésta tenía dos zaleas, dos sábanas de lanilla, una sobrecama del mismo color del sayal del hermano padre San Francisco, cuyo hábito vistió descubierto esta buena matrona al mes de su viudez, juntamente con sus dos hijas Clara de la Asunción y Gertrudis de Jesús María, que Francisca de los Angeles ya lo había vestido antes como tengo dicho. Vuelvo a decir de sus aposentos o retiros que me divertí en dar excesiva razón y así digo que con la corta cama que tengo dicha, tenía cada una su mesita poco más de media vara, sobre que ponían sus libros y calavera. Su altar se componía de un Señor Crucificado, de una imagen de Nuestra Señora y de algunas vitelitas devotas. Tan sólo tenía campo para sentarse a su labor de manos. El techo era tan bajo que con la mano y la escoba se le alcanzaba a limpiarle. Su vestuario era tan sólo un hábito, un faldellín de paño grueso, dos túnicas de ipre o de ruán, por falta de salud calzado, sin medias.

Instruyólas su confesor a la mayor pobreza y hallándose estas señoras por algún tiempo necesitadas aun de lo muy necesario para pasar el día, remedió su Majestad dicha necesidad en esta forma: salía la hermana Clara por la mañana para la iglesia donde frecuentaba los sacramentos y al pasar por la calle alzaba la moneda que para aquel día era necesario, según más o menos era menester. Continuándose esta providencia por el tiempo que dicha necesidad duró. Un día entre otros le hizo fuerza a la hermana Clara y consultó con su confesor lo que le pasaba a que respondió dicho padre que Dios las quería socorrer en aquel modo que no temiese alzar dicha moneda.

Instruyólas dicho padre y confesor, de todas las cuatro señoras, que tengo dicho, el muy reverendo padre fray Pedro Sichiar para que hiciesen unos niños jesusés* de cera, de la materia que quisieran o que hiciesen flores de manos, porque conocía que eran muy ingeniosas y que cualquiera cosa curiosa la hacían con primor. Mandábalas poner flores y macetas y las enseñaba el modo de criarlas, que en todo les fue muy padre, este venerable y espiritual confesor.

Capítulo quinto de cómo el Señor Comisario de la Santa Cruzada y calificador del Santo Oficio, el señor don Juan Caballero, les hizo un

* Este es el único dato que tenemos sobre escultura hecha por mujeres.

oratorio y aposentitos en la huerta y trata de enviar por licencia para Convento y de cómo no se consiguió

Atendiendo el señor don Juan Caballero con su piadosa caridad y ardiente celo a los pasos de la virtud y modo de vida, que dichas hermanas habían emprendido, que había sido con el consentimiento de su merced, por habérselo comunicado la hermana Francisca de los Angeles, que le trataba su merced con estrechez. También fue con el consejo y sentir del padre fray Antonio * juntamente, quien trató con estrecha familiaridad con la dicha hermana Francisca de los Angeles que había muchos años que le comunicaban con intimidad y así fue de parecer que dichas hermanas emprendieran dicho modo de vida de comunidad que tengo declarado en el capítulo cuarto. En cuya atención el señor don Juan Caballero atendiendo a la mayor seguridad y aumento en la virtud de dichas hermanas, trató su merced de hacerles en la huerta de su casa unos aposentos pequeños para que se recogiesen. Labró su merced seis cuartos en la forma de los que tengo declarados, poco más altos y capaces, hízoles juntamente un oratorio para que se juntasen a sus ejercicios. Tenía diez varas, dicho oratorio, de largo y seis de ancho. Alcanzó licencia de la santa cruzada para que en él se celebrase misa. Celebróse la primera en el año de mil setecientos y tres, día de la Santísima Trinidad en el mes de junio. La primera celebró el mismo reverendo padre fray José Díaz del colegio de apostólicos de la Santa Cruz. La segunda el señor don Juan Caballero, quien envió ornamento, cáliz, ara, y todo lo necesario para que se prosiguiese celebrando el divino sacrificio de la misa. Y viendo su merced la suma pobreza con que estaba aderezado dicho oratorio, pues tan sólo se había puesto en el altar una Señora de Guadalupe pequeña, con algunas vitelitas que su merced había dado y así trató de enviar algunas alhajas para su aderezo. Mandó hacer algunos cuadros, entre ellos fue una señora de Guadalupe grande para en medio del altar, con un Señor Crucificado muy devoto. Y muchas ocasiones dijo su merced a dichas hermanas lleno de admiración que aquel Señor Crucificado no se acordaba haberle tenido ni visto, pero que buscando qué enviarles lo halló y se lo envió y cada ocasión que lo veía que eran muchas, por visitar su merced muy a menudo dicha casa y oratorio y siempre que le miraba hacía fuerza y lo refería como tengo dicho.

Asimismo trató su merced de enviar a España por licencia de su Majestad para convento que quería hacer sobre dichas hermanas y otras niñas que esperaban se juntasen a dicha compa-

* [Margil de Jesús].

ña y así envió por dicha licencia con un caballero que se embarcó, llamado don Pedro de la Águila y como no llevaron los instrumentos la firma del arzobispo que lo era entonces el señor don Juan de Ortega, no consiguió ésta... prosiguió su merced haciendo dichos cuartos, para el alivio de las hermanas, que aunque no era su ánimo hacer beaterio, quería su merced que estuviesen las hermanas recogidas con conveniencia.

Viéronse pues dichas hermanas en sus cuartos y oratorio, aunque en el desamparo de una huerta sin resguardo alguno, más que unos espinos maltratados del tiempo, dispusieron pues su orden y modo de vida con más perfección de la que tengo dicha en el capítulo cuarto: se hacían los actos de comunidad con gran vigilancia sin que se viera falta alguna, sin justa y debida causa. Servíanse unas a otras con suma alegría. La desnudez de todo lo terreno era grande, no tenía ninguna propio, ni recibía cosa alguna para sí, todo era de todas. Les disponía un mozo de tierra de la huerta y ellas sembraban la verdura y la cuidaban. Empleábanse en los oficios humildes con grandísimo gusto.

En este mismo tiempo se agregaron otras cinco niñas de varias partes y lejanas tierras a la compañía de las que voy hablando, bien nacidas, huérfanas y pobres como las primeras. Corridas sus diligencias para entrar a la dicha casa y compañía, por padres y sacerdotes, cuyo reparo se ha advertido en todas las que han entrado en dicho colegio. La mayor de éstas que digo no había llegado a los veinte años. Entre éstas fueron dos pequeñas la una de nueve años y la otra de ocho años. Comenzaron desde esta edad a seguir el orden y modo de vida que tengo dicho, con tanto fervor y espíritu como adelante iré diciendo...

Capítulo undécimo. Trata de lo mucho que las favoreció el señor marqués de Valero y su secretario el señor don Bartolomé, quienes les alcanzaron cédula de su majestad para que consiguiesen su estabilidad y permanencia

Bien se deja entender el desamparo en que las hermanas se hallaban en su observada clausura, mas aconsejada la hermana y madre Francisca de los Angeles, de un padre que bien las quería, para que escribiese y con sus letras representase al señor marqués de Valero el estado en que se hallaba de clausura con su comunidad y con las pocas o ningunas esperanzas de su estabilidad o permanencia, a cuya representación que se hizo a su

excelencia, respondió a la dicha hermana Francisca de los Angeles tan obligado como benigno, que tomaba muy a su cargo su consuelo y el de toda la comunidad a quien pedía que le tuviese muy presente en Dios nuestro señor, pues ya se iba acercando el tiempo en que se había de embarcar para la villa y corte de Madrid, que lo mismo sería salir de la navegación que poner toda solicitud para alcanzar y conseguir del rey nuestro señor lo que fuese de su mayor alivio y consuelo, ofreciendo lo mismo su secretario el señor don Bartolomé Crespo, quien prosiguió continuando sus cartas a la hermana y madre Francisca de los Angeles, expresando con sus letras lo muy presente que tenían a toda la comunidad para hacer sus causas y negocios con crecido empeño, como lo ejecutaron y cumplieron.

Y aunque el señor y buen caballero antes de embarcarse quiso venir a esta ciudad sólo para tratar y conocer a las hermanas, no le dieron lugar sus crecidas y grandes ocupaciones, pero habiendo sido feliz la navegación y hallándose en la corte de Madrid, así dicho señor marqués como el caballero su secretario, enviaron carta a las hermanas diciéndoles que si querían licencia para la fundación del convento que se la enviaran y esta propuesta repitieron en sus cartas que la cumplirían o que determinasen y pidiesen lo que fuese de su mayor consuelo y lo que les pareciese más conveniente. Mas las hermanas viendo su pobreza y poca posibilidad con que se habían mantenido juntas y congregadas y que si les enviaban licencia para fundar convento como se los prometían, podría ser necesario el separarse unas de otras y así fueron todas de común parecer el pedir tan solamente la permanencia en el hábito que vestían de la tercera orden y en el modo y orden de vida que hasta aquel tiempo habían observado por espacio de veintiséis años.

Pidieron tener depósito, entierro, clausura y su gobierno al Ordinario. Todo concedió a las hermanas el rey nuestro señor, ampliando más su real voluntad con poner en la misma cédula que se dignó su majestad real conferir a las hermanas estas palabras: "A la vista de la Mitra Arzobispal dichas hermanas y Colegio Real con el título de Santa Rosa de Viterbo", diciendo también que era su real voluntad que les concediesen todos los alvios y consuelos que su ilustrísima viese que les convenían para su mantenimiento y permanencia.

Llegó pues con felicidad la cédula dicha a manos de las hermanas, quienes la celebraron con tiernas lágrimas y júbilos de alegría, dando las gracias a sus bienhechores a cuya expensas habían logrado tanto bien, pues pocos días antes que muriese el señor marqués de Valero, había conseguido de su majestad dicha cédula y quedó solo ya el caballero su secretario con el

cuidado y solicitando para las causas y negocios de las hermanas, para cuyo fin les continúa sus cartas hasta el presente que esto escribo.⁴⁴

Relación histórica de la fundación de este Convento de Nuestra Señora del Pilar, Compañía de María, llamada vulgarmente La Enseñanza. Escrita por un grupo de monjas del mismo, en 1793

La relación histórica escrita por las monjas de La Enseñanza es una obra hecha en forma comunitaria, que hoy llamaríamos de seminario. Sus autoras fueron las primeras monjas preparadas para ser maestras, pues su objetivo era la educación de las niñas. Por tanto, su cultura era superior a la generalidad de sus congéneres. Todo esto y el hecho de ser obra planeada y pulida para ser publicada se destaca en su obra y la hace distinta a las demás crónicas monjiles. Además, como la relación pretende exaltar la figura de la fundadora María Ignacia Azlor y Echevers, resulta que al igual que en la mayoría de las crónicas femeninas, la temática primordial es la biografía de María Ignacia, en la que se involucra la historia de la fundación del convento de Nuestra Señora del Pilar (Enseñanza Antigua). La división de los capítulos, la temática enunciada y desarrollada fielmente en cada uno de ellos, nos muestra a un grupo de mujeres cultas, que saben expresarse con pulcritud en su idioma castellano.

La obra nos sitúa muy bien en el momento histórico en que se produce: la Nueva España del siglo xvii y nos da una visión de esa sociedad metropolitana de los ricos mineros, hacendados y criollos ennoblecidos.

Por ejemplo, para decir quién era María Ignacia, las cronistas ocupan páginas y páginas en situarla socialmente. Padres, parientes, títulos, bienes de fortuna, todo aparece allí para mostrarnos finalmente el sacrificio que para esa criolla novohispana significaba abandonar lo que se consideraba el máximo en su estatus social para dedicarse a la educación de las niñas.

El mundo que presentan las monjas de la Compañía de María a través de lo que son, de los intereses que las motivan y del ambiente capitalino en que se mueven, es radicalmente diferente al que se encuentra en la crónica provinciana de la hermana María de Jesús.

El grupo de monjas de la Compañía de María que escribió la *Relación histórica* la publica con el siguiente prólogo:

⁴⁴ María de Jesús Alonso Herrera, *op. cit.*

Se admirará el piadoso lector (y con razón) al ver que unas mujeres sin letras hayan tenido ánimo de emprender una obra superior a su sexo; pero no le hará fuerza si reconoce que nos obliga a ello el que en treinta y nueve años que lleva de fundado nuestro convento no ha habido sujeto que se haya hecho cargo de tomar este trabajo, para que en todo tiempo conste de dónde tuvo su origen esta Casa. Movidas de ver las quejas en varias historias, de la omisión de sus antepasados en escribir semejantes obras, por no incurrir en esta nota hemos procurado dar algunos apuntes, aunque compendiosos, deseando que en algún tiempo otra mejor pluma y bien limado talento extienda y adorne con florido y grato estilo, esta pequeña narración, hija sólo del filial amor y reverente gratitud que debemos, así a la religión, como a nuestra amada fundadora, que tanto bien nos trajo a costa de inmensos peligros, surcando dos veces el Océano para franquearnos esta dicha, con que logramos (aunque indignas) el ser miembros de esta Compañía de María Santísima, de que nos gloriamos como sus amantes y favorecidas hijas.

Esta América Septentrional, tan celebrada por sus ricos minerales, puede gloriarse de haber sido Patria de una mujer tan heroica que podemos aplicarle el epíteto de la mujer fuerte, por su ánimo varonil y magnánimo corazón, o el de Nave del Mercader que trajo el grano escogido de la doctrina evangélica, para repartirlo gratuitamente en la instrucción de las de su sexo, propagando por este medio la gloria de Dios y de su Santísima Madre, imitando en cuanto pudo el espíritu de nuestro santo patriarca San Ignacio de Loyola, cuyo nombre logró en las santas aguas del bautismo. Conseguida tan ardua y dificultosa empresa cuando gobernaba la universal iglesia nuestro santísimo padre Benedicto XIV de feliz recordación, y siendo rey de las Españas nuestro católico monarca el señor don Fernando Sexto (que de Dios goce), virrey y capitán general de esta Nueva España el excelentísimo señor don Juan Francisco de Güemes y Horcasitas conde de Revillagigedo.

Nació esta grande heroína en San Francisco de Patos, una de las más populosas haciendas de las que componen el cuantioso mayorazgo de su casa de Echevers, y perteneciente a la administración del Valle de Santa María de las Parras, día nueve de octubre de mil setecientos quince. Fue bautizada en diez y siete del mismo mes en una capilla de dicha hacienda.

Fueron sus ilustres padres los señores don Joseph de Azlor Virto de Vera, hijo segundo del excelentísimo señor conde de Guara, gentil hombre de cámara de su majestad y teniente general de sus reales ejércitos, y doña Ignacia Xaviera Echevers y Valdés marquesa de San Miguel de Aguayo y Santa Olaya,

tan esclarecidos en nuestra antigua España por su ilustre sangre esparcida en muchas casas de su primera grandeza, como en estos reinos por su beneficencia, rectitud de costumbres y muchos distinguidos servicios del señor don Joseph de Azlor en la pacificación y establecimiento de la provincia de los Texas, en que erogó de su propio caudal las cuantiosas sumas que constan en este superior gobierno; y de los ascendientes de la señora marquesa en el reino de Guatemala y provincia de la Nueva Vizcaya desde los más remotos tiempos.

Habiendo concluido el señor Azlor su gobierno de Texas (destino con que vino a la América), se establecieron en esta corte de México, yendo a temporadas a sus haciendas. Por todo este tiempo hasta el fallecimiento de sus padres no hay noticias individuales de sus virtudes; pero sí una generalidad en que se pueden ver como en bosquejo, que indiquen bastantemente una angelical y religiosa vida. Un hombre de razón, y criado que era entonces de la casa, atribuye esta ignorancia al extraordinario retiro en que la crió su ilustre y cristiana madre: aquella señora capaz, virtuosa y diligente madre de familia, que conocía bien que la crianza modesta [y] retirada de las hijas sirve a Dios, a los estados y a las mismas hijas; se hacía en su propia casa ciertos departamentos en donde se vivía separada de todo el tráfago y bullicio de la familia, que era muy crecida, como correspondía a su esplendor, encerrada en sus piezas con las dos hijas que tenía en esta tierra, adonde no se daba entrada sino a criados escogidos y personas de satisfacción para cosas necesarias. Este retiro, poco usado en las familias, quitó el registro de lo que en él se hacía a los domésticos, que suelen ser los testigos y pregoneros de las virtudes o vicios caseros de sus amos. No por eso se les dejaba de traslucir a éstos que allí estaban en un continuo ejercicio, ya de lección, ya de oración, ya de operación de manos, con que daban algún descanso a la cabeza, sin dar entrada a la ociosidad y sobradas conversaciones, en que si no hay cuidado, hay por lo común muchos defectos. Esta vida retirada da margen para discurrir cuán celestialmente vivirían unas señoras de esta clase, que no pudieron tener otro motivo para observar tan voluntaria estrecha clausura, sino sólo el abstraerse de las gentes para entregarse desembarazadas al devoto reverente trato con Dios nuestro Señor, y era, así en la madre, como en las hijas, una virtud extraña, principalmente en nuestros tiempos, que con daño muchas veces del recato, el pundonor y la modestia, ni las madres piensan otra cosa que en hacer (como ellas dicen) a las hijas urbanas y sociales; ni las hijas piensan más que en presentarse, en ver y que las vean, y en hacerse conocer y celebrar.

Y como cada estado tiene sus virtudes, a más de las comunes,

que son de todos, tiene otras que le son propias, las de una doncella hija de familia. Son la sujeción, la obediencia, el recogimiento, el silencio, la compostura y la modestia. Todas estas virtudes se hallaban en un modo extraordinario y singular en aquella conducta que seguían, siendo modelo de mucho ejemplo a todas aquellas señoras que por distinción de su nacimiento están obligadas a hacer público papel en la ciudad, para unir con destreza la representación que en este teatro del mundo les corresponde, con la moderación y humilde trato que la nobleza bien instruida demanda, a fin de que sin defraudar a la República de todo aquello que se le debe en lo político, para el concertado cultivo de sus máximas, no se le defraude al Autor divino ni aun las primeras partículas del tiempo que es muy debido se emplee en su reconocimiento, pues es como el tributo que debe rendir la criatura a su Criador, como en primicias de la vida...

He aquí cómo relatan las cronistas la lucha del criollismo de María Ignacia frente a las ideas colonialistas de las autoridades en España.

Aquí se renovaron las contradicciones, porque no parecía razón que se hubiese de volver a entregar a los peligros del mar, a las incomodidades de caminos y navegación, y a los racionalmente temibles quebrantos de la salud, para una fundación que podía sin tanto riesgo hacerse en España, ni sería menos gloriosa, ni menos conducente al servicio de Dios por hacerse allí, que por hacerse en México, puesto que con igual gloria de su Majestad podían ejercitarse los ministerios de su Instituto en España que en México. Y cuando no fuese igual y tuviese alguna ventaja la fundación en Indias, eran tales las dificultades de la licencia, y tantos los embarazos del viaje y de los transportes, que hacían preferible la fundación de España. El gobierno por razones de estado dificulta siempre estas fundaciones, y las dificultará más en este tiempo, en que se habla mucho de poner ciertos términos a las erecciones nuevas, y de reducir las antiguas a las reglas del Concilio de Trento. Pero a más de las dificultades que son comunes a todas las fundaciones, las tendrán mayores las de las Indias, en que el Consejo por las distancias procede con más cautela. A estos inconvenientes que le representaban, ella reponía, que siendo indiana, nacida, bautizada y criada en Indias, debía hacer a su Patria ese servicio: que los caudales que habían de servir a la fundación, eran adquiridos y estaban allí, y que por eso tenían

aquellos países cierto derecho al reconocimiento o gratitud, y cierta justicia para que se distribuyesen a beneficio de ellos...

Tales fueron las instancias de María Ignacia que el rey accedió:

... Por último el día doce de junio, tercero de Pascua de Pentecostés, por la tarde, fue el señor obispo con varios padres jesuitas a sacar a las religiosas, esperándolas ya otros padres en el navío, y a toque de campana bajó la comunidad de Candelaria a la despedida, que fue tiernísima por el mútuo amor que se habían cobrado: encamináronse los coches al muelle, cuyas escaleras bajaron conducidas por los familiares de su ilustrísima que las esperaba, y entró con todas en la falúa de la Intendencia, sin retraerle el extremado temor que le tenía al mar, acompañándolas hasta introducirlas en el navío la Galga, alias Nuestra Señora del Carmen, en que tenía el capitán prevenido un gran refresco, regalando el señor obispo a la madre María Ignacia con una lámina de la alma de Nuestra Señora con marco de plata, por muestra de su afecto, la que hoy día se halla puesta en la puerta de la Cráticula de este convento. Pasado esto se retiró el señor ilustrísimo haciéndole el navío la salva acostumbrada. Por falta de viento estuvieron ancoradas hasta cerca de las siete de la noche que se hicieron a la vela. Salieron comboyadas del navío del rey llamado el Dragón de orden de su majestad hasta Canarias, por el recelo de los moros que suelen infestar aquellos mares. Siguieron con próspero viento su viaje, si bien las más bastamente mareadas, como también el padre Tomás, que nunca había navegado.

Serenadas algunas del mareo se divertían en pescar algunos pececillos. El capitán estuvo muy generoso en la abundancia de la comida y aseo de la mesa, poniéndoles pan tierno cada dos días, que en pocas navegaciones se cuenta.

... Presentada la real cédula de licencia de la fundación al superior gobierno, se obtuvo el pase, como consta del decreto de treinta y uno de octubre de cincuenta y tres, lo que ejecutado con el real acuerdo, lo dio por su decreto de diez y nueve de noviembre del mismo año. Pasaron después a presentar escrito al señor arzobispo con la real cédula, pidiendo el pase, y avisando el obediencia del superior gobierno y real acuerdo de esta Nueva España, e impetrando las licencias necesarias para la erección y fundación. En que éste pasara al promotor fiscal, y las demás diligencias que se practican en estos casos, no se obtuvo la licencia hasta el día treinta y uno de diciembre de cincuenta y tres, como consta del decreto, mandado al mis-

mo tiempo se ejecutara lo que el promotor fiscal pidió, que fue, razón de los fondos que había, con cuyo proveído comenzaron las cosas a enlazarse en dificultades; y como su ilustrísima estaba aún algo desabrido y desconfiado en orden a la suficiencia para la fundación, a causa de los informes contrarios que se le habían hecho en este particular, diciéndole que había sido inconsideración el haberla emprendido sin tener con qué, y otras cosas semejantes que le abultaban: por otra parte veía que la madre fundadora le aseguraba que de todo su caudal había hecho heredera a nuestra Señora del Pilar para esta fundación, y era bien público el que tenían sus padres. Para salir de confusiones mandó notificar a dicha madre declarase con individualidad los caudales que tenía, en qué ramos y en poder de quién, lo que ejecutó por medio de su apoderado don José Antonio de Santander. Con esta declaración decretó su señoría ilustrísima se le notificase al albacea de los señores marqueses sus hermanos, en cuyo poder se hallaba, para que diese razón con declaración jurada de lo que existía.

Y habiéndosele notificado a dicho albacea, el veinte y uno de marzo próximo puso en dicha secretaría, por mano del apoderado don José Santander, setenta y dos mil doscientos cuatro pesos cuatro reales y medio, habiéndole entregado a éste antes varias alhajas de oro, plata y pedrería, láminas y cuadros, y que del chinchorro que había de más de seis mil ovejas daría cuenta cuando viniese el último arredo, y lo entregaría al sujeto que nombrasen, lo que mandó el señor provisor se le hiciese saber a la madre María Ignacia.

En esta satisfacción dieron paso a buscar sitio acomodado a nuestro Instituto, que debía estar en el centro de la ciudad, y comenzaron la diversidad de pareceres entre los sujetos apasionados, por vía de consejo. Por fin se resolvió comprar dos casas en esta calle de los Cordovanes...

...Efectuada la compra se comenzó la obra de este convento sábado veinte y tres de junio de cincuenta y cuatro, la que dirigió fray Lucas de Jesús María, religioso laico del sagrado orden de San Agustín de la misión de las Islas Filipinas, el que lo tomó con todo empeño, y para mayor brevedad no lo sacó de planta, valiéndose de la misma que tenían las casas. En su recinto formó habitaciones propias para religiosas de vida común, y las anexas a nuestro Instituto, sin faltarle en medio de la estrechez del sitio oficina alguna. A la eficacia de dicho fray Lucas se agregaba la vigilancia del arzobispado para que no hubiese demora, y corrió con tanta felicidad, que aun en el temblor tan fuerte que hubo en aquel año día de Santa Rosa, estando los pilares del segundo patio sin cubrir, no se experimentó desgracia ni sentimiento alguno en la obra, como temie-

ron todos. Cuando se cerró la clave del último arco del patio principal vino a asistir su ilustrísima poniendo en él varias reliquias, y se pusieron sus armas labradas en piedra para señal y en memoria del agradecimiento. A veinte y uno de noviembre, día de la presentación de nuestra Señora, que ya estaba concluido el convento, vino el señor arzobispo a bendecirlo. El día diez y siete de diciembre del año de cincuenta y cuatro dio orden su ilustrísima al señor provisor para que el día siguiente fuese a las seis de la mañana a pasar a las religiosas, y a éstas de que se trasladasen a su nuevo convento. . .

. . . El día treinta de diciembre entraron por la mañana en este colegio doña María Josefa Moreno y Azpilcueta de edad de siete años, por quien había hablado el señor obispo de Durango, doctor don Pedro Anselmo Sánchez de Tagle, a quien había prometido la madre fundadora sería la primera que entrase con su tía doña María Ana Moreno, las que vinieron de dicha ciudad con este destino, y doña Josefa Camarillo; a la tarde doña María Antonia Rivera y doña María Ana Blanco, entrando sólo cinco este día (aunque había otras que estaban esperando) determinándolo así la madre María Ignacia en reverencia del Dulcísimo Nombre de María, deseando que estas cinco dedicadas a tan augusto nombre quedaran religiosas, beneficio que lograron, y hoy día viven. El día primero de enero de cincuenta y cinco entró de colegiala doña María Gregoria Bustamante con el destino ya de ser religiosa, para lo que estaba admitida. Continuaron de este modo entrando en el colegio muchas de las principales familias así de esta ciudad como de fuera. Las clases externas no se abrieron el día siete, como es costumbre, por acabarse el día de Reyes nuestras vacaciones, sino hasta el día once, por ser sábado, dedicado a María. . .⁴⁵

Crónica escrita por la Reverenda Madre María Bárbara de la Concepción, fundadora de los Conventos del Dulce Nombre de Jesús de Querétaro y de Jesús María y José de Valladolid (Morelia) en 1805

Sor María Bárbara de la Purísima Concepción (María Manuela Durán López Cárdenas) es otra de las pocas cronistas de quienes tenemos amplios datos biográficos. Nació en Tizayuca el año de 1758, fue hija de Javier Durán y de Ignacia López de Cárdenas, siendo bautizada el 29 de enero de 1758. De familia profundamente religiosa, tuvo tres hermanos sacerdotes y una monja. Profesó en el

⁴⁵ Monjas de la Compañía de María, *op. cit.*

exclusivo convento de San José de Carmelitas a los 15 años de edad.

Mujer criolla de amplia cultura, su retiro en la clausura carmelitana no le impidió conocer los problemas políticos y religiosos de su tiempo, ni tomar una posición frente a ellos.

Nacida criolla novohispana, tiene ya características de clara mexicanidad, como lo es el hecho de aceptar de inmediato la independencia cuando la realiza Iturbide y dar a las autoridades constitucionales de la República el respeto que tuvo antes a los reyes. A ella le deja de interesar España, le importa México.

Escribió por más de veinticinco años, tomando la pluma para lograr sus proyectos, conmoviendo con ella a canónigos, obispos, virreyes, a damas de la nobleza mexicana, corregidores, alcaldes, al emperador Iturbide y hasta al propio Senado mexicano que dictó las leyes después de la caída de éste. Con ello obtuvo, apoyada por la marquesa de Selva Nevada, la fundación del convento de las carmelitas del Dulce Nombre de Jesús de Querétaro y del titulado Jesús María y José de la ciudad de Morelia.

Sus escritos conocidos son cartas, biografías, cartas edificantes y la crónica que tituló *Fundación, venida de las fundadoras, traslación, casos raros y extraordinarios del hospicio y convento de las Religiosas Carmelitas del Dulce Nombre de Jesús de la Ciudad de Querétaro. Año de 1803*. La inicia con esta introducción:

En el nombre de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo y de Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús. Comienzo a escribir todo lo acaecido en esta fundación para honra y gloria del Dulcísimo Nombre de Jesús y para que todas las que vinieren a este convento sucesivamente leyendo esto, conozcan las misericordias de Jesús, mostrando su poder y el amor con que ha querido distinguir a este convento, verificándose lo que nos dice en su Evangelio que les revelaría a los párvulos sus secretos, para que así las presentes como todas las que hayan de venir, sean muy felices y muy agradecidas, correspondiendo a tantos beneficios con ser muy santas y perfectas imitadoras de nuestra santa madre Teresa y con esto me doy por bien pagada por los innumerables trabajos que esta fundación me ha costado y les pido me saquen del purgatorio a donde espero ir, por sólo la bondad de Jesús, pues he sido muy infiel a las infinitas misericordias que Dios ha obrado conmigo y así comienzo, hoy viernes postrero de agosto día de Santa Rosa María. Año de mil ochocientos cinco, a dos años cuatro meses y... días de la fundación.

Comenzó Nuestro Señor a despertar en mí vivos deseos de fundar conventos para que mi sagrada religión se extendiera y



2. Doña Beatriz Galindo, La Latina



3. Las tres sabias hijas de Tomás Moro, Margarita, Cecilia e Isabel



4. Santa Teresa de Jesús



5. Manuela Molina Mosqueira (Sor Teresa de Jesús), a los ocho años

hubieran muchas almas que abrazaran a Jesús; esto fue acabada de profesar, tendría yo de 18 a 19 años... el primero en tratar de ayudarme fue el canónigo don José González Calderón, de la santa iglesia Catedral de México, quien condescendió en darme todo su caudal, pero no habiendo obtenido permiso del prelado por ser yo todavía muy niña.

Viniéndoseme a la memoria, con mucha vehemencia, las actuales revoluciones de Francia, se renovaron todos mis deseos anteriores, con las funestas noticias de haber acabado con todos los monasterios, particularmente los nuestros, y haber dado muerte a las religiosas... aquí eran mis deseos íntimos de restaurar por acá lo perdido allá, fundando muchos conventos sin perdonar trabajos ni diligencias...

Pasaron como seis años, cuando un día una religiosa que había sido mi maestra, me llamó a la reja para que fuera a hablar a un pariente suyo que lo habían hecho corregidor de Querétaro. Como lo vi tan bien dispuesto le dije que si se podría hacer allí una fundación de carmelitas, a lo que me contestó que no tendría embarazo para ejecutarlo y que pulsaría todas las cosas en llegado y me avisaría para dar los pasos necesarios...

Comenzaron las contestaciones con el corregidor,* las idas y venidas, las dificultades de la ciudad...

Un día me dieron noticia, de que un hijo predilecto de una señora marquesa ** amiga mía, era muerto y me instaron para que escribiera yo a dicha señora, pidiéndole para ayuda de nuestro intento... por fin me resolví a escribirle pidiéndole me ayudara siquiera con el tercio que le había de dar a su difunto hijo en el colegio si viviera; tuvo tan buen efecto esta carta, que la respuesta de ella fue el pedirme verme a otro día para ir a tratar sobre el asunto, como en efecto se verificó; aquel mismo día, luego que nos saludamos, comencé a imponerla de todo el asunto, ...de manera que ella se suspendió con todo lo que le dije y me descubrió el pensamiento que tenía de fundar un convento de agustinas recolectas y meterse en él con sus hijas y acabar allí sus días...

No me costó mucho trabajo convencerla de que sería agradable a Dios un convento de carmelitas descalzas en Querétaro, aunque sólo me prometió dotar tres monjas; yo, que más quería convento que monjas, la estreché a que siquiera hiciera la iglesia, dándole el patronato a ella... se despidió diciéndome que iba a tratarlo todo con sus hijos...

* Don Miguel Domínguez, esposo de la famosa heroína de la independencia doña Josefa Ortiz de Domínguez.

** Doña Antonia Rodríguez de Pedrozo, viuda de don Manuel Pinillos.

La señora de Selva Nevada tenía hecho voto de retirarse del mundo a un claustro a acabar sus días, luego que sus asuntos se lo permitieran; con la muerte de su hijo se vio desembarazada y clamó por cumplir su voto, llevando consigo a una hija que tenía, al convento de Regina... El día 7 de febrero murió su hijo; el doce fue a verme; el segundo o tercero de carnestolendas entró al convento... [de Regina].

Comenzaron a correrse las diligencias y en idas y venidas a Querétaro, expedientes e informes, dificultades, planos y demás, se pasaba el tiempo.

Salió el expediente para España en la fuerza de la guerra del francés con nuestro soberano... caminó con tanta desgracia que luego a luego sufrimos la negativa en una real cédula en que decía y encargaba el rey al arzobispo diocesano, que inclinara la voluntad de la marquesa para que el dinero lo empleara en indios y hospitales; esta repulsa puso a todos los que la deseábamos [la fundación] en suma aflicción... Sin tener modo por donde reclamar, un año entero se pasó discurriendo medios y maneras.

El señor don Juan José de Gamboa, canónigo de la santa iglesia Catedral de México, se retiró al pueblo de San Agustín de las Cuevas para con más desembarazo trabajar en el escrito con segunda instancia, el que salió, como salido de su gran talento... en cerca de dos o tres meses tuvo todo listo y estaba a la vela. Un caballero amigo del señor Gamboa que salía de México para la corte llevaba todos los papeles, con cartas más para la reina, el confesor del rey, la duquesa de Villahermosa y don Pedro Silva. Salió este caballero el día de nuestra Madre Santísima de Guadalupe; en la mar padeció muchas tormentas, hasta llevarlo prisionero el inglés... después de mucho tiempo salió de sus tierras y llegó a la corte de Madrid, sin haber perdido ningún papel de las diligencias, que entregó puntualmente al apoderado... Después de muchas dificultades por lo muy revuelto que estaba todo y revoluciones del señor Godoy...

Por fin el día de Santa Rosa María [30 de agosto] oímos voltear las esquilas de "Aviso de España" y a poco rato llegó el señor Gamboa con la noticia de que había pedido el rey informe al Consejo y que estaba de acuerdo... Al mes siguiente vino la noticia de estar concedida la licencia y comenzamos a hacer preparativos para el viaje... con esto era preciso disponer las cosas para la iglesia, solicitar todo avío para el convento y demás, para lo que había de recibir a las personas que me favorecían y mandaban vestidos, cintas, cosas para casullas; trabajé de día y de noche...

El día 21 llegamos a la hacienda de las Carretas, extramuros de la ciudad de Querétaro... su dueño el señor don Juan An-

tonio del Castillo y Llata, conde de Sierra Gorda y síndico de la nueva fundación, nos hizo un gran recibimiento...

Allí nos alojamos con toda la comitiva que nos acompañaba y que como venía con nosotros el señor arzobispo era mayor. Convidó a todo lo más granado para que asistiera e hizo un gran convite; el refresco igualó al banquete, sirviendo a la mesa los señores eclesiásticos y la misma señora [Del Castillo y Llata]. Desde que llegamos tuvieron en el corredor un golpe de música, que sólo se suspendió mientras comieron los músicos, duró hasta la noche y lo mismo el cortejo de señores y señoras. Estuvimos en dicha hacienda 24 horas...

El mismo día 21 por la tarde hizo su entrada pública a esta ciudad [Querétaro] el ilustrísimo señor arzobispo, cuyo recibimiento fue con el mayor esplendor y magnificencia... habiendo salido hasta el Colegio Apostólico de la Santa Cruz el ilustre Ayuntamiento, bajo de mazas, los reverendos preladados de las comunidades religiosas, la oficialidad, todos los vecinos de distinción, lo condujeron en coches hasta la iglesia parroquial, acompañando a su ilustrísima a la vidriera del coche en que venía, el caballero corregidor licenciado don Miguel Domínguez, y don Juan María Fernández de Jáuregui y Urrutia, alcalde ordinario de primera elección.

A otro día entramos en el hospicio* y a 23 se hizo la elección y me nombraron priora y maestra...

Como en el hospicio ya no cabíamos se enfermaron las novicias y jóvenes y me di mucha prisa para que nos pasáramos [al convento]... aun sin acabar muchas oficinas... lo encontramos todo chorreando agua, de manera que los petates se ponían verdes y las llaves y picaportes y los libros se enmohecían...

Se dispuso la dedicación de la iglesia que con violencia se estaba acabando, porque la había de bendecir su ilustrísima y predicar ese día y así se verificó el día 1º de enero del año de 1807 a los 3 años 8 meses y 9 días de haber entrado en el hospicio, casi todo milagroso, acabada la obra del convento y sólo faltaba techar la bóveda que es el piso del coro... el día último de diciembre a las 4 de la tarde estaban en la iglesia provisional todos nuestros padres carmelitas y aquí y otros que vinieron de Valladolid, Celaya y Salvatierra, porque tenían que hacer la fundación, por habérselos encargado su ilustrísima que por sus achaques no pudo bendecir la iglesia...

El día de la Natividad de nuestra Señora 8 de septiembre del mismo año de 1807 estaba el coro acabado y fue la colocación del Niño en su "Panteón"** que tiene en medio del coro, todo

* Lugar donde se alojaron mientras se terminaba el convento.

** Lugar de los dioses.

dorado, con muchos adornos y cristales y preciosas flores y ramos y velas escamadas de cera... por la noche se llevaba al Santo Niño en procesión con música y poesías muy tiernas, para que se fuera despidiendo de cada oficina, en donde cada oficiala se esmeraba en [ponerle] su altar y estaba ahí el día y lo acompañaban hasta la noche, que pasaba a otra oficina... iba en sus andas, vestido de gala... Esa tarde, luego que se acabaron los maitines, en el coro se formó la procesión, que estaba dispuesta para andar por todo el convento; ... toda la comunidad con capas y velas en la mano, cantando un Te Deum Laudamus y otros versos muy tiernos. Se anduvo por todas partes, huerta, cocina, por abajo y por arriba, repicando cuantas campanas había, tirando cohetes, ruedas, flores con que entramos en el coro con la letanía a cuatro voces, mientras se colocó [la imagen del Niño]...

Acabando esto, subió una religiosa a un púlpito portátil y dijo un sermón muy tierno refiriéndose a los trabajos de esta fundación; siguió la música de un pianoforte muy bien tocado...

Las muchas ocupaciones y atenciones no me dejan tiempo para escribir y se pasan los años sin poderlo hacer, por lo que se me pasan infinitas cosas sin acordarme, más de tres años había que no escribía nada, vuelvo a tomar el hilo el día 3 de abril de 1813... en el mes de noviembre de 1809 se hizo la elección y me volvieron a elegir por prelada y maestra... al séptimo año de haber venido aquí nos castigó nuestro Señor con una insurrección terrible... con este motivo en los años de 1810 y 11 encarecieron tanto las cosas por las guerras e insurrecciones, que en lo humano no era posible que se hiciera todo con los 150 pesos mensuales que teníamos porque no habíamos acabado de pagar... y de estos 150 pesos salen: lámparas, misas, cera, vino, funciones, jubileos, salarios de los criados, ornamentos, culto divino, reparos del convento, oficinas, enfermería, velas, jabón y todo género de comestibles y aunque nos ayuda la huerta con hortalizas y fruta, no siempre puede sembrarse por carecer de agua...

Por estar saqueados, desde la cera para el culto hasta la sal, se puso a un precio muy subido... y yo me mortificaba con extremo porque había que dar de comer y vestir a las religiosas... en este tiempo de carestía nada nos faltó, la huerta dio mucha fruta, con exceso, la que sobraba se vendía o la regalábamos a los parientes [de las religiosas] o bienhechores... Dios liberal y misericordioso nos favorecía y regalaba cuanto se apetecía... muchas veces sin saber de quién venía... al abrir el torno encontraba una olla muy grande de atole de leche, una fuente de bizcochos... quien lo trajo lo puso en el torno y se fue...

esto se repitió varios domingos... otra vez una batea con harina muy hermosa, floreada... el señor de la tienda le dijo a la mandadera... "Lleva esta harina a las madres, quizá les sirva"... otra vez que no había ni un medio para comer... subió la tornera con diez pesos que había traído una persona la limosna... el pan nos hacen la caridad nuestros padres carmelitas, desde el día que llegamos.

La madre María Josefa de Santa Teresa, la que dio el dinero para la fundación de Querétaro y solicitó ésta de Valladolid en mi compañía... era prelada en Querétaro y acabó su prelación el día 12 de este mismo mes que fue el que se hizo la elección y salió la única fundadora que quedaba en Querétaro la madre María Eufrosina de San Juan Bautista, ...he vuelto a lo que llevo escrito y tendrá que sufrir mucho quien esto leyere y si estuviese encargado de arreglarlo, porque algunas cosas van repetidas... sin orden, y sólo se ha hecho de noche y a pocos ratos y si el tiempo y vida me alcanzara puede que lo vuelva a escribir.⁴⁶

Hubo en el siglo pasado mujeres que dejaron asentado en las crónicas de sus insituciones o en cuadernos anexos esa parte de la historia nacional que fue la exclaustración ocurrida en 1861.

Dado que a partir de esta fecha todos los conventos, colegios, beaterios y recogimientos de mujeres quedaron legalmente suprimidos, gran parte desaparecieron totalmente y los que subsistieron vivieron en la clandestinidad y bastante alejados de lo que fueron dentro de sus muros o en su relación con la sociedad, hemos considerado que esos escritos son el final de las crónicas femeninas. Ejemplo de ellas es la escrita por las madres María Rita de la Preciosa Sangre y Josefa de la Cruz. Se titula *Apuntes de lo ocurrido en la exclaustración de la comunidad del convento de nuestra madre Santa Inés Virgen y Mártir acaecida el 13 de febrero de 1861*.

He aquí algunos párrafos que muestran, realmente, como vivieron ellas este suceso histórico:

Me ha hecho fuerza pensar que si en algún tiempo Dios quiere que se reúna nuestra comunidad, sepan las futuras religiosas todo lo que hemos pasado en la exclaustración para que alaben a Nuestro Señor que nos ha dado fortaleza para soportar tantos trabajos y permanecer firmes y contentas en

⁴⁶ María Bárbara de la Concepción, *Fundación, venida de las fundadoras, traslación, casos raros y extraordinarios en el hospicio y convento de religiosas carmelitas del Dulce Nombre de Jesús de la ciudad de Querétaro*, año de 1803. Manuscrito ACJMJ.

nuestra vocación y aún más determinadas a seguir nuestra vida religiosa con tanto gusto como si estuviéramos en nuestros conventos y con la tranquilidad que en ellos gozábamos. Bendito sea Nuestro Señor y sea glorificado en nuestros sufrimientos.

Desde el año de 1860 se comentaba que, si el partido liberal triunfaba, las monjas saldrían de sus conventos.

...a cada paso se aumentaban también los motivos de temor, que aun sin darles ningún carácter sobrenatural nos llenaban de amargura y no dejaban algunas de interpretarlos presagios de alguna calamidad. Se cayó un gran Santo Cristo, las campanas sonaban sin que nadie las tocase y las gentes de fuera acudían alarmadas... Llegó una inquilina a decir que le vendiesen la casa que habitaba porque Juárez ya la había vendido lo mismo que el convento, en Veracruz.

Perdieron los conservadores, don Ignacio Velázquez de la Cadena fue desterrado y se encargó del gobierno Comonfort... A pocos días llegó un empleado del gobierno, revisó todos los libros del convento, llevándose lo que quiso... el mayordomo se escondió, el arzobispo y otros miembros del clero fueron desterrados.

Al día siguiente de la Noche Buena de 1860, entraron los liberales, y

...al levantar el velo del coro para oír misa, me llamó la atención un hombre que estaba en la iglesia fumando su puro dentro del sombrero. Me afligió mucho esto, comprendí en qué manos estaba todo, pues tan pronto perdían el respeto a la iglesia, menos lo tendrían con nosotras.

Un día llegaron cuatro comisionados a revisar el convento, todas las monjas fueron encerradas en el coro bajo, quedando sólo tres para acompañarlos. Después de revisar el convento entraron al archivo e hicieron un inventario, llevándose muchos libros. Al día siguiente otros se llevaron lo que quedaba. Todas las cosas de plata, cuadros de la sacristía viso [*sic*] del sagrario, fue algo de lo que se llevaron, unos como comisionados del gobierno y otros por la libertad que tuvieron para tomarse todo lo que quisieron. El día 13 de febrero de 1861 llevaron un periódico en que se leía una disposición de Juárez en que decía que dentro de 15 días se señalarían los conventos que serían suprimidos... pero estaba ya fijado para este día el principio de nuestro castigo en los justos juicios de Dios y debía cumplirse, fue éste el día crítico que había de mudar por completo

toda nuestra vida, nuestras distribuciones, ocupaciones, costumbres, en fin, un cambio tan total que en 30 años que llevamos exclaustradas no se ha vuelto a poner el sistema antiguo en nada.

El día 13 de febrero, como a las 8 de la noche recibieron por el torno un oficio en que el gobernador mandaba:

que el comisionado Cabrera pasara inmediatamente a ocupar el puesto con una fuerza como de treinta soldados... Y a esto serían las nueve y media y nuestra madre mandó que se cerrara el dormitorio, tal vez era la hora señalada por el gobierno para dar el golpe a un mismo tiempo en todos los conventos, pues de las comunidades que he tratado, he sabido que fueron lo mismo, con grandes acompañamiento de soldados, desde las ocho a tomar el punto y a las doce comunicaron la orden a las que designaron para salir y a las que debían recibir para que tuvieran abierta la puerta... Cuando nuestra madre recibió la orden le dio un accidente, que sin estar privada, tenía trabadas las quijadas completamente sin poder ni llorar, ni hablar, tan desfigurado el semblante que nos parecía estar de muerte. Cuando se repuso ordenó avisar en primer lugar a las enfermas "a mí me tocó ir con nuestra madre vicaria y según me parece desde entonces perdió la cabeza" ...Las criadas que eran muy fieles lloraban y sufrían con nosotras, algunas recogieron la ropa que pudieron suya y de las monjitas y en envoltorios la cargaron. Los comisionados estaban dando ansias diciendo que antes de las 5 había de estar vacío el convento y las llaves en su poder y que si resistían harían entrar a los soldados que estaban en la portería. Dando la una de la noche bajamos por última vez la escalera principal de nuestro amado convento y al acabarla se postró nuestra madre y a su imitación todas renovamos votos en voz alta con bastantes lágrimas y entramos por último a la portería interior donde los comisionados se quedaron parados con el sombrero quitado... Cuanto llegamos al cancel que dividía a la portería interior de la exterior ninguna se atrevía a dar el paso para afuera hasta que nuestro padre instó, por evitar, tal vez, echaran uso de la fuerza para que saliéramos... a ninguna le dio ataque, ni nada, todas salimos por nuestro pie, llenas de amarguras y lágrimas, pero todas en silencio, pues aunque las criadas lloraban un poco recio, luego nuestra madre las callaba, acordando la hora de silencio.

La cronista termina relatando cómo fueron refundidas en el convento de Santa Teresa y luego a otro, sus esperanzas con la llegada

del emperador Maximiliano y especialmente el triunfo definitivo de los ejércitos liberales y la dispersión de su comunidad, repartiéndose todas las mujeres que vivían en los conventos en casa de familias o amigos.

Refiriéndose a los comisionados que por orden del gobierno ocuparon su edificio, dicen las cronistas:

todo quedó en su poder y en la mañana del 14 de febrero se franquearon las puertas abiertas para todo el que quisiese entrar, que no fue en realidad otra cosa que entregar al saqueo todo el convento...⁴⁷

Estos párrafos de distintas crónicas que hemos presentado como ejemplos, difieren en el estilo literario de acuerdo a la época en que se escriben y la cultura de sus autoras, empero, en el fondo todas son semejantes. Inés de la Cruz en el siglo xvii, la hermana María de Jesús en el xviii o María Bárbara de la Concepción en el xix, aunque pertenezcan a diferentes siglos tienen el mismo concepto de la historia. Escriben igual que los hombres cronistas, el mismo sentido providencialista que hay en Mendieta, Torquemada o Burgoa está en el prólogo o inicio de todas las crónicas femeninas.

En ellas vemos que la fundación, la vida, la historia en suma de la institución de que se trate, entra dentro de los planes providenciales de Dios, en los que las mujeres libremente actúan correspondiendo o no a la gracia que reciben para realizar los planes salvíficos de Dios, en los cuales se inserta toda la historia del mundo.

Como los hombres cronistas, las mujeres van manejando y mezclando simultáneamente en inseparable trabazón el mundo natural y el sobrenatural. El hombre y Dios están unidos —criatura y creador— en origen y destino, por tanto en la vida, que transcurre en el tiempo, “pero que se evade de su propio ámbito temporal por instalarse más allá, fuera del tiempo junto a Dios”.* Así todo sucede en relación a la eternidad. Por eso en todas las crónicas va mezclado lo natural de los intereses y medios humanos con lo sobrenatural de la intervención de Dios, cuya “gracia divina hace surgir los deseos de aumentar la gloria del Señor”, por medio de colegios, beaterios, reco-

⁴⁷ María Rita de la Preciosa Sangre y Josefa de la Cruz, *Apuntes de lo ocurrido en la exclaustación de la comunidad del convento de Nuestra Madre Santa Inés Virgen y Mártir, acaecida el 13 de febrero de 1861*. Ms.

* Jacques Maritain, *Filosofía de la Historia*. Prólogo de Jorge L. García Ventura.

gimientos o nuevos conventos que ayuden a las mujeres a alcanzar la salvación eterna.

La cronista que siempre se declara inútil se atreve a escribir, "con la ayuda de Dios", consciente de que es un instrumento en las manos de su Providencia, para dejar constancia de la misericordia divina con la persona humana, de su poder y de su amor, en suma, para que sea "glorificado en sus obras" por las generaciones presentes y venideras.

Esta declaración no puede ser aceptada al pie de la letra, pues no resiste el menor examen crítico.

Las cronistas en general son mujeres que fueron escogidas para ese cargo por haberse destacado entre otras precisamente por su cultura. No eran pues tan inútiles e ignorantes todas las monjas y beatas ya que para serlo tenían que saber leer y escribir, aunque muchas olvidaban con los años el uso de la pluma* por no volver a practicarla jamás. Otras en cambio por estar destinadas a cargos que exigían la escritura (maestras, secretarías, contadoras, cronistas, biógrafas) no tenían problemas en expresarse por este medio.

En cuanto a cultura, las obras mismas nos informan de ello. No es fácil distinguir cuándo escriben sólo por obediencia y cuándo en esa obediencia va implícita la vocación literaria; sin embargo sí hay índices que nos permiten detectarlo en cada crónica o biografía. Éstos son por ejemplo el entusiasmo con que se realiza la obra, la forma de manejar la palabra, el uso de la imaginación para presentar en forma bella, sugestiva tal o cual hecho, o dar mayor fuerza a la verdad que se expone. O bien para dar más énfasis y hacer resaltar el valor de tal o cual acto para conseguir más eficientemente que "Dios sea glorificado en sus obras".

Hay quien escribe sólo por obediencia, como se ve especialmente en algunas biografías o *Cartas Edificantes* en las que todo está dicho con la palabra exacta, sí, pero sin belleza, sin emoción, en las que los adjetivos laudatorios y frases comunes sustituyen a la imaginación, a la riqueza de las ideas, en las que evidentemente hay una pereza mental que refleja la ausencia total de la vocación literaria.

Si nosotros examinamos por ejemplo la crónica del Convento de San José, escrita por Sor Inés de la Cruz, esa que publicó Sigüenza sin atreverse a cambiarle nada, veremos de inmediato que no era una mujer ajena a las lides literarias, que sabía y le gustaba escribir. Hay un gozo al ir relatando su obra, hay un deseo de mostrar con

* Véase lo que se dice de la M. Ana de la Concepción en el *Parayso Occidental* de Sigüenza y Góngora, p. 138.

entusiasmo a las generaciones futuras, que no está reñido con la humildad, la creación que ella hizo del Convento de San José de Carmelitas.

Igual podríamos decir de Mariana de la Encarnación, su compañera y cronista también.

Si de éstas pasamos al grupo de monjas que hacen la historia del colegio de La Enseñanza, veremos que se expresan con gusto, con soltura, con emoción, buscando hacer no sólo una obra que dé noticias, sino que muestre en forma hermosa, atractiva, la amada personalidad de María Ignacia Azlor, pero cuidando al mismo tiempo el perfecto uso del vocablo en la frase trabajada.

Todo esto se agudiza en las biógrafas cuando las autoras se identifican con el personaje de quien escriben. Ese gozo en escribir, del que ellas no hablan porque confesarlo implicaría un deleite del que ellas en su ascetismo huyen, es el que muestran con más evidencia cuando escriben las crónicas, porque inevitablemente debió ser un gozo personal poder volcar en la intimidad de la escritura toda la admiración por esas instituciones cuyo valor ellas reconocían, y estaba en sus manos mostrar a generaciones futuras, todo lo cual a su vez justificaba la vida personal de la cronista que se involucraba en la institución misma.

Hay otro indicador inequívoco de la vocación literaria, espontánea y realizada sin presión de obediencia al superior mandato, que se descubre cuando la cronista declara que escribe porque ha sentido una "moción interior" o un "deseo de que Dios sea glorificado por medio de sus escritos, que la impele a escribir". Esto es lo que nosotros en nuestro lenguaje más humano y terrenal llamamos vocación literaria. Citemos como ejemplo de ello a la colegiala María de Jesús que escribe la Crónica del Colegio de Santa Rosa. Ella es en este caso quien convence al confesor de que debe escribir.

Tal vez el *superior mandato* a que escribieran hizo desarrollar esta vocación a muchas biógrafas y cronistas que no la tenían, o que la tenían dormida.

El día en que se publique cada una de las crónicas íntegramente, se podrá hacer un estudio completo de cada una de las cronistas. Este es un estudio general de todas que sólo puede dar ideas generales.

Tras la declaración que hace la cronista de los motivos que mueven su pluma, sin indicación previa se pasa de inmediato a la crónica. Allí encontramos un segundo elemento, que es la autobiografía si la que escribe es la fundadora o biografía, si la crónica la hace otra persona. Si como dice Ramón Iglesia en su obra *Cronistas e historia-*

dores de la Conquista de México; "lo que nos importa de la obra histórica es el historiador que la escribe", las crónicas femeninas cobran mayor importancia como exponentes del pensamiento femenino del momento histórico que reflejan, pues en la mayoría de ellas la cronista es, al mismo tiempo, sujeto que escribe y objeto mismo de la historia.

A través de estas narraciones, se nos entrega la personalidad de cada una de esas mujeres. Las hay nobles, cultas, de recio carácter, atrevidas, con preeminencia social y poderío económico y a su lado las hay también, y en mayor abundancia, de clase media, humildes, tímidas, sin medios económicos, pero todas moviéndose según su propio estilo dentro de la misma cultura, bajo los mismos impulsos y sobre idénticos valores.

En esta segunda parte, los relatos nos van introduciendo simultáneamente al mundo de fe en que surgen sus instituciones y a la activa vida de las mujeres de entonces, vida que no era tan tranquila como se piensa comúnmente. Hay narraciones que hoy se nos antojan novelas de aventuras. Por ejemplo, aquellas que escriben Micaela de Santiago y Melchora de la Asunción, en que relatan las peripecias de doña Beatriz y doña Ana Núñez de Montalván cuando, asaltado su barco por los corsarios, fueron abandonadas en una isla desierta, y su lucha por sobrevivir, hasta lograr llegar a la antigua Veracruz un año después. O bien las narraciones de aquel viaje de las seis capuchinas de Toledo que estuvieron a punto de morir ahogadas en su propio camarote, cuando, en recia tormenta, el navío hizo agua mientras ellas, víctimas del mareo y la debilidad, no tenían ya ánimos ni de alimentarse en los largos meses que duró el viaje. Y en medio de esto el milagro de San Antonio haciendo aparecer las bulas y cédulas de fundación. Y la historia de aquellas que asustadas invocaban al cielo ante la presencia de lo que les parecía la serpiente de mar, que por uno y otro costado atacaba el navío.

Sor Mariana de la Encarnación, en la fundación del convento de San José, nos presenta otra información de lo que fue la vida de un convento en relación con la sociedad de su tiempo y la alta estima en que se tenía a las que eran monjas. Cuando los hombres escriben, también dan un gran énfasis a esta parte de los relatos que ellas hacen más sobria y escuetamente. Francisco Villarreal, en su *Thebayda en Poblado*, hace el relato verdaderamente increíble de la salida de unas monjas de Toledo y su viaje a la Nueva España. Obispos, alcaldes, gobernadores, capellanes, mayordomos, caballeros de aquella ciudad y señoras de la nobleza las acompañan en sus coches de caballos o van cabalgando a su lado. Los pueblos las miran y admi-

ran. Posadas y ventas de la Sierra Morena las hospedan efusivamente y en la ciudad de Marchena, el duque de Arcos las agasaja. Las reciben y custodian en Cádiz los caballeros de la ciudad. El capitán Agustín de Ossa, dueño del navío, las toma bajo su custodia. Y al llegar aquí esa gran dama que era doña Ana Francisca de Zúñiga y Córdoba, esposa de don Diego Lagarche, gobernador de la ciudad de Veracruz, las hospeda en su casa. Repican las campanas en Jalapa y la ciudad toda se regocija a su paso. Cuando están por llegar a México, el pueblo se moviliza;

pobláronse los campos una legua antes de coches, ocupándo-los las damas, prebendados y caballeros; salió en el suyo la excelentísima señora marquesa de Mancera, virreina de México con los de su familia... Concurrió también un infinito número de indios...

Con este lucido y nunca visto acompañamiento llegaron a la ciudad, repicaron las cámpanas de la catedral y les siguieron las de todas las parroquias y conventos, mientras las monjas, con los rostros velados por espesos velos, cruzaban las calles de la ciudad de México para hospedarse en el Real Convento de la Concepción.

Las crónicas femeninas también nos relatan esa participación de la sociedad en la vida de sus instituciones, hecho que confirman poetas como Francisco de Bramón respecto al convento de San José y además la gran pintura del museo de Morelia en que el artista dejó ver a la posteridad el festivo acto de que nos hablan con entusiasmo y arte los hombres y las mujeres de aquellos tiempos.

En los relatos de sus crónicas, las mujeres hacen hincapié en que sus vidas aparentemente silenciosas y tranquilas eran en verdad dinámicas; que hacían oír sus voces lo mismo en la provincia que en la capital, ante el virrey, o en los consejos reales y en la curia pontificia para obtener permisos, concesiones, privilegios, mercedes, donaciones, etcétera, que les dieran categoría jurídica, religiosa y civil a las instituciones que se les ocurría establecer.

Al lado de la relación biográfica que es medular en estas obras, se va haciendo la historia de las instituciones. Es el subjetivismo una de las características de las crónicas femeninas. En el desarrollo de la historia de la institución que podríamos mencionar como una tercera faceta de las crónicas, se informa sobre el funcionamiento de esa sociedad cuya dinámica comunitaria, congruente al pensamiento en que se sustentaba, se tradujo en obras de servicio social, colegios, hospitales, beaterios, recogimientos, obras pías de ayuda a huérfanos,

viudas, doncellas casaderas o novicias pobres, y de pago de entierros para los necesitados. Obras que en gran parte las mujeres promovían o patrocinaban, sustentándolas con sus propios bienes, haciéndoles legados testamentarios, entregándoles sus herencias, o bien trabajando con sus propias manos para obtener los dineros que se necesitaban.

A través de una crónica vemos a las carmelitas de Puebla hilando la seda de las fábricas poblanas para poder sufragar los gastos de la terminación de su iglesia; en otra miramos a mujeres haciendo deshilados y bordados para venderlos y pagar a un orfebre que haría los vasos sagrados, o bien elaborando dulces y empanadas en sus famosas cocinas para regalarlas a personas adineradas y conmoverlas así, en una muy femenina forma, a levantarles un colegio o costear un colateral. Otras hablan de trabajos de albañilería realizados por las propias mujeres para ayudar a la construcción de sus edificios.

En esta parte de las crónicas se nos dan también los datos exactos de los fundamentos jurídicos de las diversas instituciones. Aprobaciones religiosas y civiles, bulas pontificias y reales cédulas. Decretos de virreyes y arzobispos, así como los informes de la jurisdicción en que han sido colocadas. Esto es, si quedan bajo el control de los regulares correspondientes o de los obispos.

Allí está la fecha en que se inauguró la institución, sin omitir los festejos con que se celebró la misma y desde luego el nombre del patrono que dio su fortuna para la edificación, a cambio de oraciones.

En todas las crónicas que conocemos hasta ahora no hay nombres de los arquitectos que hicieron los edificios, ni de los pintores, entalladores, orfebres, ni nadie más que participara en ese tipo de obras. Tal vez sería porque estos datos quedaban ya en los libros titulados *Instrumentos de Fundación*, *Cuentas de las obras de edificación*, *Donaciones*, *Obras pías* y *Patronato*.

Tenemos una cuarta faceta en las crónicas y es la que contiene la vida íntima de las diversas instituciones, mediante la cual se justifica su existencia.

Las autoras iniciales de una crónica generalmente llegan en su relato hasta los primeros años de vida de la institución. Algunas cierran la crónica en su época y sólo se hacen responsables de lo que ellas escribieron, poniendo su firma al final, otras la dejan intencionalmente inconclusa para que las nuevas generaciones de monjas la continúen. Con ello resulta que esta parte de la crónica se prolonga, mientras la institución existe. Esto no implica que se haga un solo libro de ella, la crónica pueden formarla numerosos cuadernillos en

que se va continuando indefinidamente. Esto motiva que algunas crónicas aparezcan desordenadas, carentes de plan y conclusión. Por esto también en ocasiones surge una cronista que resume lo anterior haciendo una nueva crónica.

Estas obras escritas y reescritas por diversas monjas en diferentes tiempos, contienen, finalmente, datos muy interesantes de la vida femenina, tales como la organización social en la Colonia, clases, castas, esclavitud y servicio doméstico, papel de la mujer dentro de la sociedad novohispana, educación elemental popular y cultura superior clasista, oportunidades de desarrollo personal, docencia y expresión en el arte musical, pictórico y artesanías femeninas. Hay también interesante información sobre el orden económico y jurídico vigente entonces, y sobre la ayuda y protección del hombre a las mujeres, reflejado en las actividades de padres, hermanos y directores espirituales.

Y dentro de todo esto, la justificación de las instituciones se evidencia por lo solicitado que estaba el ingreso en ellas, contemplado como la llegada al sitio que le daba seguridad a la vida femenina.

LOS MENOLOGIOS Y LAS BIOGRAFÍAS

Entre los innumerables menologios ya mencionados, he seleccionado párrafos de dos que me parecen representativos de una misma época, el siglo XVIII, y de las dos clases que eran ya los núcleos sociales más importantes en la formación de México: indios y criollos.

Uno lo escriben las mujeres indias, el otro lo hacen las criollas de esa zona del país, que no al acaso fue cuna de la independencia, Querétaro.

Las primeras lo titularon *Apuntes de varias vidas de las religiosas que han florecido en virtudes en este Convento de Corpus Christi de Indias Caciques*. La obra contiene ocho biografías, la última inconclusa.

No conocemos hasta ahora quién o quiénes fueron las autoras porque la obra es anónima. Sin embargo, lo interesante es saber que las mujeres indígenas de alta categoría social tenían una cultura que las capacitaba para escribir. De esto hay otras constancias, como son la correspondencia que sostuvieron con los virreyes varias de ellas y el gran retrato de doña Teodora Salazar Moctezuma, en el cual el pintor puso los símbolos de las escritoras y la leyenda de haber profesado en el convento de Corpus Christi.

Todas estas biografías siguen un mismo esquema en su desarrollo que, con ligeras variantes, es el siguiente:

1. De su patria (llámase así al pueblo de donde era originaria cada una).
2. Padres y alta categoría social dentro de la comunidad indígena a la que pertenecían.
3. Educación religiosa e instrucción (en la familia o en la escuela) de lectura, escritura, aritmética, música, labores femeninas, y adiestramiento en la virtud dentro de la vida familiar.
4. De la oración mental y vocal.
5. De su mortificación y penitencia.
6. Virtudes en que se destacó: fe, caridad, esperanza, paciencia, pobreza, etcétera.
7. Del aprecio de la fe cristiana que se tuvo mediante la conquista española y compasión por los paganos que aún existían. (Este capítulo no en todas aparece.)
8. De su dichosa muerte.

El contenido de todas ellas es la historia de mujeres indígenas que tras dos siglos de dominio cultural hispano han abandonado totalmente la religión, la filosofía y el concepto de vida de sus antepasados. Ya no tienen interés en las poesías de Macuilxochitzin, no han aprendido a cantar a Xochiquetzal, la diosa de las flores y del amor, y menos aún a deificar las cosas carnales en Tlazoltéotl.

La aculturación de ellas a través de la evangelización fue profunda. El idioma castellano les era ya tan propio como había sido para sus abuelos el náhuatl, el tarasco o el otomí. La lengua latina se les hará familiar en el convento. Así no dirán María es pura sino que cantarán *Tota pulchra est Maria*.

En todo el menologio se palpa el valor que biógrafas y biografías dieron a la vida conventual y se hace evidente la alegría de haber alcanzado, después de dos siglos, la dignidad de ser monjas, es decir ser parte integrante de esas instituciones que habían conocido desde el XVI, pero en las cuales sólo se les había permitido vivir como educandas o sirvientas. En estas biografías hay una concepción de la vida que las diferencia radicalmente de las escritas por las criollas, esto es, la preponderancia absoluta de la vida espiritual en la que se llega al grado de que las obras materiales realizadas por las biografías en el convento apenas se mencionan. Jamás se habla de hacer retablos, de agrandar el convento o de confeccionar un ornamento para la iglesia, aunque lo estén elaborando; lo importante es lo otro,

lo que dentro de estas acciones está contenido; y esto es amor, alabanza, relación ininterrumpida con Dios. Sus intereses no son de este mundo, por eso sentimos estas obras más cercanas a las *Floreccillas* de San Francisco, escritas en el siglo XIII, que a las biografías de sus contemporáneas de la Nueva España.

Allí está manifiesta vivamente esa característica esencial de los indígenas, su profunda religiosidad, que los hizo creadores del templo mayor de México, de Xochicalco o de Chichén Itzá.

Otro elemento distintivo en estas biografías es el concepto de lo que significa en el XVIII la nobleza indígena. Hay en ellas un innato orgullo de ser hijas de caciques, pero no por la riqueza, que la mayoría no tenía, ni por la prepotencia que en el orden político podrían tener sobre los demás de su raza, sino porque a ello van vinculadas costumbres de educación y virtudes que les permitirán alcanzar en el convento mayores grados de perfección espiritual. En este menologio al valor histórico que las vidas de las indias caciques tienen, se añade el de la propia cronista indígena que al escribir va manifestando su asimilación a la cultura española y su capacidad literaria.

Conociendo que existieron otros dos conventos, hechos exclusivamente para indígenas nobles de Michoacán y Oaxaca, podemos pensar que en esos sitios hubo escritos similares al que analizamos, máxime que la fundadora de este último fue la escritora Sor Teodora de San Agustín.

Para conocer la forma de escribir de estas nobles damas indígenas, ponemos a continuación algunos párrafos de diferentes biografías:

Vida de Sor Antonia Pérez de los Santos

Sor Antonia de los Santos fue una de las primeras indias caciques que vistieron el santo hábito en este convento y nació en la ciudad de la Puebla de los Ángeles; por mayo en el año de 1798. Sus padres se llamaron don Lázaro Pérez de los Santos y doña Nicolasa de la Concepción, ambos caciques y nobles entre los de su nación y entre los cuales mismos fueron muy estimados, por sus cristianos procedimientos y aunque de ellos no hubiera otro testimonio de su buen juicio y piadosas costumbres, bastaría el que dio la hija cuando se presentó a la pretensión de ser admitida al santo hábito, pues desde luego se reconoció el cuidado y desvelo con que había sido instruida en la casa de sus padres, porque aunque ella era naturalmente de competentes potencias para aprovecharse de la buena educación y de una inclinación innata a todo lo bueno, todas estas prendas se

hubieran quedado baldías y sin fruto, si no hubieran tenido cultivo, como se queda la buena tierra sin los trabajos del labrador. Y a la verdad que debieron de ser los desvelos de sus padres no comunes, sino muy especiales, porque era muy especial la extensión de buenas costumbres y doctrina con que venía instruida. Se le notó lo muy aprovechada que estaba en el santo temor de Dios, devoción y ejercicios de piedad, asimismo en la modestia y humildad, todas las cuales virtudes conceptuaron a las religiosas del buen espíritu con que venía y así la aceptaron para que fuese vestida del santo hábito, el que recibió siendo de veintiséis años de edad.

... Fue la pobreza de Sor Antonia cortada de la que enseñaron y practicaron sus dos santos padres: nuestro padre San Francisco y nuestra madre Santa Clara. Ella no tenía más que su hábito lleno de remiendos y siempre andaba buscando las sandalias desechadas y más viejas para su uso, las que estimaba como su tesoro sin quererlas dejar, y así se llegaban a gastar tanto, que sólo le servían de ceremonia y disimulo porque en realidad pisaba con el pie desnudo en el suelo.

Muchas de sus exquisitas mortificaciones deben con sobrada razón atribuirse a su espíritu de pobreza, pues es cierto que el amor grande que profesaba a esta virtud, le era un nuevo y poderoso motivo de practicarla. Fue Antonia tan rígida consigo misma y tan escasa en mirar por sus necesidades, porque era muy pobre.

... Rezaba su santo rosario con singular devoción y afecto, y muchas veces la consideración de sus grandezas, la transportaba en una especie de gozo embriagante, arrebatábala su corazón, con especialidad, el privilegio de haber sido preservada de la culpa original y tanto que sin poderse contener prorrumplía repentinamente cantando la *Tota Pulchra* que usa la religión seráfica. Así la encontraban muchas veces las religiosas quedando éstas muy edificadas y complacidas de tener en su compañía, religiosa tan fervorosa. Pero cuando manifestaba Sor Antonia los impulsos de su enamorado corazón, era en la noche de Navidad, porque en ella, parecía loca. Engolfábase tanto en la consideración de este misterio, que forcejando la fuerza de su espíritu hacia lo exterior rompía los muros de la gravedad y modestia que estaba tan acostumbrada en su porte. Sabía cantar muy bien porque tenía buena voz y tocar en vihuela y valiéndose de estas gracias para celebrar el misterio dulcísimo del nacimiento del Hijo de Dios, pasaba toda la noche como embriagada, y en verdad que lo estaba, pero del amor divino. Hay en el descanso de la escalera que sube al convento un cuadro grande que cubre todo el lienzo de aquella pared, que representa este adorable misterio y allí se mantenía toda la noche,

exceptuando las precisas horas del coro, cantando alabanzas al niño Dios, las que acompañaba tañendo en una guitarrita que había buscado para este fin.

No descansaba un punto, porque la vehemencia del gozo interior de que estaba tan poseída, con la contemplación de ver al Verbo hecho carne por la salud del mundo, no se lo permitía, porque toda ocupada de los impulsos interiores de su alma, no daban lugar a que sintiese cansancio ni fatiga. Admirada, regocijada, la venerable Sor Petra, abadesa del mismo convento, de ver repetidas en aquel pobre convento y en una pobre indita hija de nuestro padre San Francisco, las santas locuras en que prorrumpía en semejantes noches, el inflamado espíritu de éste, le decía: Sor Antonia, su caridad es como nuestro padre San Francisco en el loquillo de Belén...

Vida de Sor Apolonia de la Santísima Trinidad

Sor Apolonia de la Santísima Trinidad fue la séptima india cacique que vistió el santo hábito e hizo su profesión de velo negro, en este convento de Corpus Christi. Nació en esta ciudad de México por los años de 1701. Sus padres fueron indios caciques y principales* como se colige de la bella educación que trajo su hija a la religión, fueron buenos cristianos y de muchos alcances, pues desde luego penetraron las obligaciones de criar bien a sus hijos. Apolonia, como se supo por las informaciones que se hicieron en su entrada, fue siempre muy inclinada a todo lo bueno, mostrando en sus costumbres tal candor, que robaba los corazones de los que la atendían con reflexión. Agitada su innata inclinación a la virtud con los impulsos de la gracia, que desde muy temprano se comenzó a derramar en su corazón, sin escasez emprendía ejercicios virtuosos con mucho fervor...

Continuamente andaba en la presencia de Dios para cuya conservación no levantaba los ojos del suelo, guardando todos los demás sentidos, con mucho cuidado. Su silencio era una maravilla, porque jamás hablaba sino lo preciso a la caridad y la obediencia y entonces lo hacía con las menos palabras que podía. Como era tan sencilla nunca pensaba mal de ninguno y todo le parecía bueno, teniendo a cada religiosa por un ejemplar que Dios le había dado para que aprendiese sus virtudes.

Era naturalmente afable y comprensiva porque los rigores eran para ella. Manifestaba lo grande de su caridad en las necesidades de sus hermanas, a quienes asistía y servía con mucho

* De la ciudad de Texcoco.

regocijo de su espíritu, esmerándose con las enfermas, cuyos dolores le quebrantaban el corazón.

Su obediencia no tenía réplica, ni dilaciones, pronta siempre a ejecutar con alegría la obediencia.

Señalábase entre las demás en la pobreza...

*Vida de la Venerable Madre
Magdalena de Jesús, india cacique*

La venerable madre Sor María Magdalena de Jesús, india cacique y religiosa profesada de este convento de Corpus Christi, tuvo por patria el pueblo de Tlajomulco, perteneciente a la diócesis de Guadalajara, saliendo a la común luz de este mundo el año de... Mereció de Dios la felicidad de tener buenos y diligentes padres que atentos a la buena educación de sus hijos, le procuraron los mejores medios de que la lograsen.

Mereció la niña, de la Divina Providencia, la felicidad de unos buenos y cristianos padres y tales que pudieran zanjarle, con la primera educación, los primeros cimientos para la heroica santidad a que la tenía destinada. Llamáronse el padre don y la madre doña, ambos fueron indios caciques y principales de aquel pueblo, los que bien entendidos de sus obligaciones, cuidaban con esmero de la buena educación de sus hijos, y los deseos que el padre tenía de que ésta fuese ventajosa le hacían el pensar en los más proporcionados medios de conseguirla. Por lo que, considerando las dificultades que encontraba en su casa, y que le embarazaban este fin, determinó que la niña María Magdalena, cuando aún se hallaba en sus más tiernos años, entrase en compañía de dos hermanitas que tenía, en el convento de Santa María de Gracia, que está en la misma ciudad de Guadalajara. Bien manifestó el padre su mucha advertencia y madurez, no sólo en la determinación y ejecución de procurar que la crianza de sus hijas fuese en recogimiento, sino también en la elección que hizo de religiosa para hacer a ella entrega de sus hijas. Era ésta la reverenda madre Sor Isabel Cierva, religiosa de tantas virtudes como lo publicaba la fama que de ella se tenía en toda la ciudad y la misma que murió después en opinión de santa.

Recibiólas gustosa la religiosa consolando al buen indio con la promesa de los cuidados que desde luego pondría en instruir las en un todo. Ejecutólo así, hecha cargo de las obligaciones que ya se había echado sobre sí y ejecutóla con los primos que debía esperarse de religiosa tan llena de caridad. Ante todas cosas, puso su solicitud y diligencias en instruir las en los misterios de nuestra santa fe, con el intento de que hubieran

de ellos toda aquella inteligencia de que eran capaces. Ejercitábalas al mismo tiempo en ejercicios de devoción y piedad, entre los cuales dio el primer lugar a la frecuencia de los santos sacramentos. Ni por eso se olvidó de que aprendiesen las niñas a leer, escribir y a todos aquellos ejercicios propios de las mujeres, de que después utilizan éstas, haciéndose provechosas en las familias...

Celebróse entre los parientes, y aun en la ciudad, la novedad de que hubiesen llegado las indias a alcanzar el estado religioso, teniendo todos por felicidad el que tan en los principios comenzasen a hacerlo las de aquel partido. Dispuso el padre el viaje y como era acomodado en bienes de fortuna, quiso que fuese conducida la hija con toda seguridad y lucimiento, contemporiando al que juzgaba desempeño de la manifestación de su nobleza y haberes, en lo mismo que disponía, para que la niña transitase por aquellas vastas y desiertas tierras, sin los peligros que son ocasionados con la cercanía de los indios bravos. Asalarló una competente comitiva de indios mecos, mansos, que armados de arco y flecha, hacían escolta para la defensa, llamando al mismo tiempo la atención para averiguar el motivo de aquel extraño acompañamiento, tan extraño que pareciendo resguardo, tenía visos de triunfo.*

*Vida de la Venerable sierva de Dios
Sor María Felipa de Jesús*

...La madre, a quien más de cerca tocaba la educación de su hija, se dedicó a dársela con esmero y ambos no sólo por sí sino también por maestras idóneas procuraron el que quedase bien instruida en la doctrina cristiana y buenas costumbres, lo que no costó ni mucho trabajo, ni mucho tiempo, porque desde sus más tiernos años, mostró la niña las muchas prendas naturales con que la había favorecido el cielo y las mismas que fueron después creciendo con la edad hasta la admiración. Era de feliz memoria, de entendimiento claro, perspicaz y pronto y de una propensión tan natural a todo lo bueno, que parecía habían nacido con ella las virtudes, calidades todas que unidas, la proporcionaron un corazón si de cera para recibir la buena doctrina, de bronce para retenerla, facilitándole en todo su práctica. Sus padres atentos a todo, hicieron que aprendiese también a leer y escribir y que fuese ejercitada en ministerios propios de su sexo. En todo salió Felipa muy aprovechada...

* Este fastuoso viaje de esta india noble nos hace recordar la pintura que muestra el viaje de la emperatriz doña María con su hija doña Margarita de la Cruz para enclaustrarse ambas en las Descalzas Reales de Madrid.

Devota era la vida que Felipa ejercitaba recogida en casa de sus padres, como heinos visto en el capítulo pasado, pero Dios que la quería para muy perfecta, la llamó con uno de aquellos extraordinarios modos con que suele atraer a sí a aquellos que su majestad determina hacer muy fervorosos en su servicio. Fue el caso que yendo un día a la parroquia de su pueblo a pedir a Dios dirigiese sus caminos a su mayor honra, se puso como lo solía hacer de rodillas delante de una imagen de talla de Cristo Crucificado, que estaba colocado en uno de los altares de la misma iglesia y cuando más fervorosa repetía sus deprecaciones oyó clara y distintamente voces que salían del mismo simulacro y que le decían: "Felipa hasta cuándo te has de dar toda mía". Sonaron estas palabras en sus oídos como si vinieran envueltas en un trueno, así se explicaba ella con sus confesores y al instante, con novedad tan espantosa, cayó sin sentido en la tierra.

Al ruido que causó el golpe, ocurrieron asustadas y presurosas las mujeres que habían venido en su compañía y advirtiéndole en que no estaba en sus sentidos, pensaron la había dado algún accidente apoplético.

La Divina Providencia que junta admirablemente en sus sabios modos de proceder, la fortaleza con la suavidad, acostumbra adornar aquellas almas que tiene destinadas para que sean muy perfectas, con muchas prendas naturales, con las que las proporciona y dispone hasta conducir las hasta lo más elevado de las virtudes. El mismo Dios autor de naturaleza y gracia, quitando o disminuyendo violencias hace cimientos de los dones naturales para que sobre ellos levante la gracia sus fábricas con menos dificultad, con más firmeza y con unas disposiciones sobre las cuales asiente el edificio de la perfección como sobre sus más propios fundamentos. Por esta razón antes de tratar de las virtudes de Sor Felipa, me pareció muy del caso el referir en este capítulo algunos de los dones naturales con que la favoreció el Altísimo, fueron éstos en Sor Felipa no comunes, sino muy especiales. Su entendimiento era claro, perspicaz y de un modo de discurrir muy sólido y por eso capaz de una gran prudencia. Su memoria era fácil en recibir y más en retener. Sus inclinaciones naturalmente propendían a la rectitud, el genio suave, amoroso y compasivo. Sus pasiones tan morigeradas que no experimentó en ellas oposiciones vehementes a lo bueno. Circunstancias que si por una parte pueden disminuir la mayoría de sus victorias a la gracia, por otra la ayudan para que con más ligereza y suavidad acabe con la perfección de las virtudes. Sabido es que la fe es el fundamento de toda perfección cristiana y que al paso que ésta crece y se radica más en el alma, se aumentan en ella misma, el escuadrón de las demás virtudes, y así habiendo sido tan crecidas las de Sor Felipa, bastará para

formar argumento de la grandeza de su fe, tomar por antecedente lo adelantada que fue en todas las demás virtudes. Era cosa de gustosa admiración el mirar los destellos que despedía esa virtud (en una pobre india), hacia los que la quisieran observar con cuidado. Apreciaba ella tanto esta virtud, que regularmente andaba ocupada en actos de agradecimiento a Dios, por haberla traído al gremio de la Santa Iglesia. Con semejantes sentimientos daba siempre principio a las oraciones y demás ejercicios espirituales y considerando los medios con que la Divina Providencia la había traído a la religión cristiana, se transportaba toda en el amor divino. Discurría para sí que esta felicidad le había venido por haberse efectuado la conquista de estos reinos, por lo que daba gracias a Dios. Pero, al mismo tiempo atendiendo que según causas naturales dependía la gracia de ser cristiana de aquella contingencia, se llenaba de pavor y miedo, lloraba la infelicidad de los gentiles sus antepasados y se decía a sí misma: "Yo soy cristiana por la gracia de Dios y hará trescientos años, ¿qué eran mis abuelos, mis ascendientes? ¡Ay, de lo que me libró Dios!" En consecuencia de tanta estimación a la fe, eran los actos que hacía de esta virtud firmes, vivos y afectuosísimos y de aquí la venía la muy singular devoción con que rezaba el Credo y repasaba la doctrina cristiana todos los días, como es práctica en este convento, principiada desde su fundación.

Cuando hablaba de alguno de los divinos misterios o de otra cualquiera verdad católica parecía que la estaba mirando con los ojos del cuerpo.⁴⁸

Las colegialas de Santa Rosa de Viterbo de Querétaro escribieron pequeños informes biográficos que enviaron a fray Hermenegildo de Villaplana, quien preparó la biografía de la fundadora Francisca de los Angeles. Fueron fruto de la convivencia con ella. Son muy interesantes porque nos permiten conocer cómo, gracias a estas informaciones, los escritores podían estructurar la biografía de una mujer enclaustrada. En la crónica de Santa Rosa, hay una parte titulada "Cuaderno tercero en que se trata de la vida y muerte de las hermanas del colegio de Santa Rosa de Viterbo". En él está la biografía de la madre de la fundadora, mujer que siendo viuda se quedó a vivir con su hija en el colegio de Santa Rosa. La pequeña obra fue escrita también por la cronista María de Jesús.

⁴⁸ Josefina Muriel, *Las Indias Caciques de Corpus Christi*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1963.

Los temas que desarrolla tras el título *Vida y muerte de la hermana Antonia de la Encarnación* son los siguientes:

1. Padres.
2. Educación.
3. Matrimonio. Vida dentro de él. Trabajo femenino para sostener a la familia ante la incapacidad del marido.
4. Virtudes: fe, esperanza, caridad, pobreza, paciencia, prudencia.
5. Terciaria franciscana. Pobreza, oración, penitencia.
6. Ejemplaridad de su vida.
7. Dichosa muerte.

Si la temática de esta biografía es coincidente con la que desarrollan las indígenas, no lo es la forma de desarrollarla.

He aquí algunos párrafos que nos permitirán comprobar las diferencias:

Vida y muerte de la hermana Antonia de la Encarnación, madre de la Venerable Francisca de los Angeles fundadora del Colegio de Santa Rosa de Viterbo

Esta buena y ejemplar señora, como se verá en lo que aquí trataré muy sucintamente de sus loables virtudes y sencillo proceder de su larga y dilatada vida, fue hija legítima, de padres nobles y buenos cristianos, quienes murieron en la temprana edad de esta señora, desde cuyo tiempo comenzó la Majestad Divina a ejercitarla en las virtudes de humildad y paciencia. Túvola en su casa una señora virtuosa de esta ciudad, quien la atendió con caridad y buena voluntad, por las nobles inclinaciones a **todo género de virtudes** que en ella reconocía. Viéndola ya en edad de que pudiese tomar estado, trató de que contrajera matrimonio con un señor que tenía hecho voto de casarse con la niña más pobre que hubiese, y pareciéndole que Antonia de la Concepción reunía todas estas cualidades le pidió fuera su esposa.

Como Dios Nuestro Señor le tuviese preparada la grave y pesada cruz del matrimonio, su grande humildad y rendimiento la sujetó a obedecer rendidamente el parecer de la señora que a su cargo la tenía, por cuya disposición y orden tomó estado de matrimonio, en que se mantuvo por más de cuarenta años con rarísimo ejemplo, siguiendo para el bien de su alma el gobierno de su padre espiritual, con cuyo parecer y consejo

frecuentaba los sacramentos todos los días festivos y los que le daban lugar sus ocupaciones, siendo para este empleo muy fervorosa, sin faltar a las obligaciones de su estado, en que la ejercitó Su Majestad con grandes trabajos y amarguras, así por la grave y recia condición de su esposo, como por valerse el Demonio de algunas vecinas que acumulándole algunas cosas ponían a su esposo en grandes sospechas con que la atormentaba y afligía grandemente, procurando el maldito obscurecer su gran virtud y su limpio y sencillo proceder, con que humilde y paciente suplicaba a Dios Nuestro Señor por el bien de quien era la causa o motivo de su padecer. Y esta virtud la ejercitó toda su vida en muchas ocasiones según la oí decir.

Hallábase ya cargada de familia de nueve hijos, que Dios Nuestro Señor fue servido darle, con que cada día la iba ejercitando Su Majestad con grandes y aumentados trabajos, ya de enfermedades que su esposo padecía, con que se inhabilitaba para poder buscar el mantenimiento para su familia, motivo porque llegó a padecer extremos de pobreza.

Se ocupaba en este mismo tiempo de que voy hablando en servir a su esposo en sus enfermedades con vigilancia de día y de noche, pasando muchas en consumada vigilia. Acudía y servía a su familia valiéndose de hacer algunos dulces y pastillas, con mucho esmero, para buscar con su valor el mantenimiento necesario, sin que por dichas ocupaciones dejase de frecuentar los sacramentos, de ejercitarse en los ejercicios de oración, ayunos y mortificación, que para todo, el fervor de su espíritu le daba tiempo y lugar.

Habiendo pues muerto su esposo como hice mención en su lugar, quedó esta ejemplar matrona acompañada únicamente de sus tres hijas que corrían ya veloces a su buen ejemplo los pasos de la virtud.

Mas no la dejó Su Majestad del todo libre, con la muerte y falta de su esposo sí la dejó ligada y pendiente a solicitar con su trabajo personal el sustento y mantenimiento de sus tres hijas, que entregadas todas a los ejercicios espirituales y retiro solitario sólo cuidaban del bien de sus almas, descuidándose de lo temporal y terreno; motivo por que esta ejemplar y virtuosa matrona en lo avanzado de sus años, las servía y cuidaba como la más humilde sierva; aumentando este ejercicio la delicadeza de una de sus tres hijas, a quien le permitió Su Majestad el que padeciese exquisitas enfermedades a quien esta paciente señora asistía con las prolijas medicinas de día y de noche, y mantenía del manjar más delicado. Duróle este cuidado y solicitud por más de veinte años, llevando esta penalidad y otras muchas con grandísima igualdad de ánimo y con el semblante muy se-

reno y apacible, demostración con que daba a entender su grande humildad, paciencia y resignación, con que llevó toda su vida los continuados trabajos con que Su Divina Majestad la ejercitó. En el tiempo de que estoy hablando la conocí yo, por dicha mía, y la traté muy familiarmente permitiéndolo así Nuestro Señor, quien me daba a entender siempre que la hablaba y comunicaba lo acendrado y puro de sus virtudes. La traté y comuniqué por espacio de veinte y ocho años, en cuyo tiempo no ví más que un ejemplo de verdaderas y sólidas virtudes.

Fue pobre, pues la Majestad Divina en toda la vida de esta señora, no le dio más que lo necesario para alimentarse y así no tuvo el descanso entrada, ni puertas la vanidad y alivio temporal con que se conservaron sus deseos puros y alejados de todo lo terreno y tan sólo anhelando por los bienes eternos.

Jamás permitió ser servida ni aun de sus mismas hijas, pues siempre se acomodaba a hacer oficio de la más humilde sierva con todas, en muchas ocasiones vi en sus cansados años y graves enfermedades, pues al verla en este tiempo, sólo se reparaba un espectáculo de dolores, tomar la escoba para limpiar la casa y tomaba el cántaro para echar agua, recelándose de que alguna hermana la viera, porque no le estorbara tan humilde ejercicio. Se ocupaba asimismo en hacerles a los padres apostólicos el dulce para su refectorio. Se trataba con mucho abatimiento, pues siendo tan venerable así por su gran virtud, como por sus muchos años, no daba lugar a que alguna de las hermanas le sirviese en llevarle su comida a su celda, pues consideraba que era obviar algún trabajo y así por su gran humildad se acomodaba en un rinconcito de la cocina de tal manera que edificaba a quien la miraba parecer la mínima de la casa, siendo ella la señora y dueña y lo mismo era en todas sus acciones, pues aunque mucho dijera pienso que ni un rasgo de esta virtud en ella explicara, porque su humildad puedo decir con la verdad que debo, que en todo el tiempo que la comuniqué y traté, permaneció.

Pasaré, como mi cortedad de palabras me ayudare, a decir lo que pudiere de su gran mortificación y penitencia. Desde que tuvo uso de razón se empleó en continuados ayunos según he tenido noticia cierta, por lo mucho que conmigo trató del tiempo de su mocedad y cuando en otras en dichas conversaciones sólo se atiende a los desórdenes de su edad, mas en la comunicación y trato de esta venerable matrona sólo se descubría una senda estrecha por donde Dios Nuestro Señor la encaminó al ejercicio de las más puras y sólidas virtudes, pues como digo toda su vida se ejercitó en abstinencias y ayunos, pues siendo de edad de ochenta años y más, era necesario el que las hermanas tuviesen especial cuidado en la cuaresma, el advenimiento, viernes

y sábado, vísperas de los santos devotos, porque si no se atendía a que no ayunase y que comiese de carne, las ayunaba con tal disimulo que se mantenía con la comida leve del viernes y parecían esfuerzos de la gracia y de su grande espíritu los que en ella habían, pues el mirarla era atender a un espectáculo cargado de años y dolores. . .

Murió el día veinte de abril de mil setecientos y veinte y siete años entre las siete y ocho de la noche, quedando su cadáver tan hermoso como tratable, pues habiendo pasado toda la noche a otro día a las diez llegando algunas hermanas a verla reparaban en la docilidad de él, como si estuviese viva. Viola y registróla el señor doctor Armenta con otros circunstantes y no sin poca admiración, alabó a Dios Nuestro Señor. Hízose su entierro a las cuatro de la tarde del día veinte y uno de dicho mes de abril con grande acompañamiento así de las religiones como de lo popular. Se depositó su cuerpo con toda solemnidad en la capilla del Cristo, del santo y religioso colegio de padres apostólicos de esta ciudad de Santiago de Querétaro. Año de mil setecientos y veinte y ocho.⁴⁹

En esta biografía contenida en el menologio del Colegio de Santa Rosa, la escritora María de Jesús presenta a una mujer criolla de la clase media, doña Antonia de Herrera, "bien nacida y de buenas costumbres". Su cultura era elemental, pero tenía suficientes conocimientos religiosos para entender ese que era entonces el tema central de la vida, el problema de la salvación eterna. Doña Antonia vive consciente el drama de su propia existencia hasta sus últimas consecuencias, sin vacilaciones, como la flecha que salida del arco sólo se detiene cuando alcanza el blanco.

La biógrafa la presenta sencilla, modesta, trabajadora incansable, humilde, obediente a la autoridad de quien depende: la señora que la cuidó en su niñez, el marido cuando se casó.

Mujer que a través de la vida se va acostumbrando a servir al marido, a las hijas y a las colegialas con las que convivió. Mas no lo hace por servilismo sino porque su acción es ordenada a fines superiores; por ejemplo, ayuda a un enfermo y libera del trabajo a sus hijas a fin de que puedan dedicar más tiempo a alabar a Dios. Tiene doña Antonia una humildad extrema que la hace anonadarse ante los demás, pero que al mismo tiempo no provoca el desprecio de las que con ella conviven, antes por el contrario la hace respetable porque ella sublima las acciones comunes de la vida diaria, eleván-

⁴⁹ María de Jesús Alonso y Herrera, *Crónica del Real Colegio de Santa Rosa de Viterbo a la ciudad de Santiago de Querétaro*. Ms.

dolas en su práctica consciente y heroica a virtudes cristianas de valor superior.

Ella es la hija, la esposa, la madre, la compañera siempre fiel a su mundo de fe, dentro del cual tiene sentido su vida. Jamás puede aparecer en ella la rebeldía, porque está entregada confiadamente a las manos de Dios, cuya providencia la ha colocado en el lugar, tiempo y circunstancias precisas para alcanzar su destino.

Cuando María de Jesús escribe esta biografía, va haciendo un entusiasta panegírico de doña Antonia, va mostrando que ese tipo de vida le interesa a ella también.

Estos rasgos que constituyen el perfil de la vida de esa señora novohispana son sin duda alguna los mismos que en mayor o menor grado encontramos aún en el siglo XIX como características ideales de la mujer mexicana. Así nos la pinta Fernández de Lizardi.⁵⁰

María de Jesús pertenece a la misma clase social y tiene el mismo nivel cultural que su biografiada. No pretende hacer una obra importante, no pule su pluma, sólo trata de dejar constancia de la vida de una mujer para ella admirable.

Pocas son las biografías escritas por mujeres que no formen parte de los menologios y que hayan sido hechas para publicarse. Una de las mejores que conocemos es la que escribió la Reverenda Madre Sor María Teresa.* La autora la dedicó al obispo de Puebla don Juan Antonio de Lardizábal y Elorza. Fue impresa en México el año de 1734.⁵¹

La obra se publicó en forma de Carta, siguiendo con ello la costumbre de las "Cartas Edificativas". Sin embargo rebasa en mucho lo que eran estos pequeños opúsculos en extensión y sobre todo en el contenido, que no es una sucinta enumeración de virtudes religiosas de la biografiada, sino un estudio serio de su personalidad. Por ello se dijo que el libro era "una estampa viviente de aquella santa vida".

En cuanto al valor literario, uno de sus contemporáneos lo elogió en las aprobaciones diciendo: "En esta obra corrió su pluma con destreza más que ordinaria, para refinar una vida toda santidad con un estilo todo erudición amenísima, que es la que gasta en Sagradas

⁵⁰ Joaquín Fernández de Lizardi, *La quiotita y su prima*, 3a. ed., México, Manuel Porrúa, 1976 [Col. Sepan Cuántos, n. 71].

* Los "vínculos de sangre" que la unían al Censor nos permiten suponer que fuesen hermanos. Así se apellidaría Fernández Méndez.

⁵¹ Sor María Teresa, *Carta de la Rda. M. en que da noticias de las virtudes que en su vida ejerció Sor María de Santa Leocadia*, México, Imp. Joseph Bernardo de Hogal, 1734.

Letras con que se ve la historia sembrada". Sor María Teresa pone su cultura humanístico-religiosa, al servicio de lo que es la razón de la biografía, la ejemplaridad, presentándola de tal modo que aparece fácil su imitación. "Léense en ella, añade el censor, los trabajos dulces, las mortificaciones suavizadas, los rigores agradables, las espinas con flores y tan bien coloreadas las penitencias que con su atractivo enamora a los corazones más tibios..."

La biografiada es una distinguida monja llamada Sor María Leocadia, fundadora que había sido del convento capuchino de San Joaquín y Santa Ana de la ciudad de Puebla.

He aquí unas páginas de la obra de Sor María Teresa:

En ésta vivió y murió doña Leocadia González de Aranzamendi, que Dios Nuestro Señor quiso, para tanta gloria suya, naciese al mundo en el pasado y feliz siglo de 1600, el año de 47, el último día 30 del florido mes de mayo, en la ciudad de México. Y no sé cómo ajustar, que una hermosa flor, que brota en mayo, viva siempre entre espinas: si no es recurriendo a que como desde sus primeras cunas gustó el buen ejemplo de su ilustre y cristiana casa. Apenas fue descollando con la Aurora de la racional luz, le consagró a Dios su integridad, y pureza, aún antes de los doce años de su edad, obligándose con voto de perpetua virginidad: acción tan limpia, y agraciada en una niña, que con ella entiendo por qué vivió entre espinas: y es que todo el recreo del esposo es ver los candores de su hermosa flor amurallados con las puntas: *Sicut lilium inter spinas, sic Amica mea.* (Cant. Cap. II). Dicho mes de mayo, que tales fragancias comunicó, para olor de suavidad a Dios, y para raro ejemplo de los hombres. No se dude, que por buenas que sean las inclinaciones en los niños, conduce principalmente el buen ejemplo de sus padres. Hasta hoy están y estarán vivas las memorias de la ejemplar, y noble casa del capitán Dn. Diego González de Aranzamendi; y su esposa doña Ysabel de Salazar, cuya cristianidad, tomando la doctrina que la eterna verdad nos enseña, la hemos de conocer por sus frutos. Fuéronlo de esta fértil planta la reverenda madre Sor Dorotea Francisca, capuchina en el muy venerable convento del Señor San Felipe de Jesús de México; y porque vive sepúltense mis voces, porque no agravien su religiosa modestia. Otra planta fue doña Luisa González de Aranzamendi, que quiso Dios (porque frutos tan saludables no se acabasen) se desposara con el capitán don José de Guevara, caballero tan piadoso y conocido, que, como planta escogida, tuvo por fruto, después de una gallarda rosa, el florido aumento de sus memorias en el reverendísimo padre José de Guevara, fruto tan digno de presentarse al mejor príncipe, que se lo consagró

por mano de la sagrada Compañía de Jesús, quien sabiendo como sabe, estimar tales prendas, le crió en letras, y virtudes tan sólidas, que hubo de darlas a los moldes, después de su feliz tránsito, para gloria de Dios, y ejemplo del mundo. Fue el primer fruto, aunque en este orden el último, nuestra doña Leocadia, azucena, que trasplantada al mundo, en la florida primavera recibió el fecundo riego de la gracia, con las aguas del santo bautismo el día 6 de junio, con que quedó tan agraciada peregrina, que era el encanto de sus padres y familiares: o fuese porque como primero fuese más estimado, o porque quiso Dios, que fuese apreciada luego la virtud de su electa esposa; criáronla con aquellos piadosos esmeros que el tiempo nos ha mostrado: que si por los frutos se conoce la planta, también por las fecundidas vigorosas se advierte lo sólido de las raíces; y siempre fue verdad que: *venit a radicibus humor*. Con tan abundantes riegos iba creciendo esta escogida planta, cuando aún tierna le faltó el principal cultivo de sus creces. Murió su buena madre, dejando a la niña con solos doce años, pero con la virtud tan arraigada, que podía ya ser madre, como lo fue, de sus tiernas hermanas: mas, como los corazones son secreto de solo Dios y las prevenciones de los padres han sido siempre plausibles, se determinó, por favorecer las plantas de los ingratos aires que corren en el siglo, que entrasen las niñas, como entraron, en el muy observante convento de Santa Catharina de Sena de la ciudad de México; era como mayor doña Leocadia quien las servía en la clausura de madre, consuelo, y ejemplo: admiradas estaban aquellas religiosas de ver la crianza de las niñas, especialmente la mayor, que era un espejo en que se atendía la compostura, la modestia, y la madurez del juicio en tan tiernos años: pero como ya tenía impresa en su alma la imagen, que, por medio de la oración y libros santos, había visto en el mejor espejo de la bondad de Dios, se determinó a imitarla cuanto pudiera.

Es inteligencia de muchos, en místico sentido, que aquella esposa que salieron a recibir las vírgenes es la altísima reina del cielo y tierra, María Santísima, en compañía de su querido Hijo, y verdadero esposo; porque una virgen, que encendida la antorcha de su corazón, abraza al esposo Jesús, inseparablemente ha de abrazar a la esposa María. Fue tan cordial la devoción de esta sierva de Dios para con Jesús, y María que por los diseños, que se podían ver, se conocía lo inflamado de su alma. La verdadera devoción (dice Santo Tomás) es: una voluntad pronta para todo lo que pertenece al divino servicio: *Voluntas quaedam prompte tradendi se ad ala, quae pertinent ad Dei famulatum*; (S. Tho. 2. 2. Q. 8. 2. Art. 1).

Y si la prontitud de la voluntad es verdadera devoción, cuán

pronta estuvo la de esta mujer admirable, en la reverencia de Dios uno, y trino, y de Dios hombre, lo hemos insinuado. Mas como merece particular memoria, la memoria de las maravillas de Jesús, en el adorable Sacramento del altar; estuvo siempre tan pronta la voluntad de esa sierva del Señor en obsequio y reverencia del sacramentado Dios, que siempre le era fuego, que la consumía; y si un fuego apenas es tolerable, cómo podrán sufrirse dos. Estando Santa Catharina de Sena para recibir la santa comunión veía en las manos del sacerdote un horno ardiendo; la santa tenía otro en su pecho; y uniéndose los dos cuál sería el incendio. Fuego tenía la madre vicaria en su corazón y fuego dulcísimo recibía; y con tanto ardor ¿quién podrá entender la llama, que se levanta sino quien la quema? Le sucedía (parece) en lo interior, lo que en lo externo (refiere Josefo) de los avecinos; éstos pintan a los ángeles negros, porque ellos lo son; y como el corazón de esta bendita mujer era de fuego, pintaba en su alma aquellos accidentes encendidos, y es que se iba toda a la substancia; y como ésta es toda fuego, así la pintaba tan al vivo; no le cabía el corazón en el pecho, le daba saltos; con una inquietud, cual suele la llama comprimida; sólo con la vista de Jesús Sacramentado: ¿qué sería con la unión? La mayor pesadumbre, que la podían dar, era privarla de la santa comunión, a que se preparaba largo tiempo con muy crecidos afectos, e insaciables ansias. Por estar tan anciana, y falta de vista, la mandaron no se levantase temprano, sólo para comulgar tenía licencia de salir para el coro, donde parmencía de rodillas o en pie, regalándose con su amado, hasta las nueve del día o más, en que la mocedad fuerte causara admiración. Le pedía con instancia (como otra Gertrudis) a la gran reina y señora la prestara algo de su pureza, y santidad, para la reverencia debida a su santísimo Hijo: y podía tener estas llanezas con la señora, por el gran amor que la tuvo desde niña, llamándola su madre, su reina, su dulce amor, con otras afectuosas ternuras, que daban bien a entender su ardiente devoción; preparábase para sus fiestas y hacíale sus novenas; indispensablemente hasta morir su santísima corona; de continuo la memoria de sus dolores, por necesaria unión: porque si los dolores del esposo vivían siempre en su alma; siendo tan unos los de la esposa, era precisa su presencia: y si la mejor devoción que se puede tener con la Señora, es, no sólo no ofender a su Hijo, mas procurar con veras agradarlo, el anhelo de la madre vicaria, toda su vida, fue el mayor agrado de Dios; si tenía consuelo era de que Dios fuera amado; si sentía pesadumbre sólo era de que Dios fuera ofendido: con este cuidado de tanto gusto para el Cielo les daba contento a los santos ángeles, con quienes tuvo particular devoción; asimismo al esposo santísimo de María el señor San

José; a los escogidos señores San Joaquín, y Señora Santa Ana: que por evitar prolijidad, no digo lo especial que tenía con cada uno de esos señores, a quienes daba tanto gusto, con dárselo a Dios, en el cumplimiento de su santísima voluntad. En esta conformidad ejercitada por muchos años, llegó la madre vicaria, poseída del santo amor, no sólo a sufrir, y aceptar, de buena gana, las penas, y trabajos, que el Señor la enviaba; sino a deseárselos, y alegrarse con ellos, por ser gusto de Dios, que es el más perfecto grado de conformidad, que ponen los santos y los místicos. No hay avaro que así apetezca las riquezas como esta sierva de Dios los dolores y penas; de que nos ha dado pruebas su prodigiosa paciencia, en tanto martirio: con estas alegrías de Dios, adquirió aquel corazón tan manso, que siendo su natural ardiente y vivo, no sabía qué era impaciencia; y si oía decir Dios me dé paciencia, replicaba: pues ¿a quién le falta la paciencia, sino a los que no conocen a Dios? Tan acostumbrada estaba al tormento, que ya no hacían fuerza los golpes.

Termina la biografía describiendo en barroca expresión literaria las solemnes honras fúnebres que se celebraron un mes después de muerta.

La religiosísima comunidad del Señor San Agustín tomó a su cargo celebrar las honras; para cuyo efecto levantó a su costa un suntuoso túmulo, cuyas negras piras adornadas de rica cera, entretejida de hierolíficos y sonantes versos, alumbraban los ánimos para acrecer el concepto de difunta tan pobre y tan honrada... La comunidad con solemne canto dijo la vigilia... y a todo le puso la corona la asistencia de vuestra señoría ilustrísima...

Cierra la obra con este soneto que nos muestra a la poetisa Sor María Teresa.

SONETO

Milagro penitente, ¿por qué acá
yaces frío cadáver? Si yo sé,
que entre luces renaces, mejor, que
el que en aromas siempre vivo está;
El rigor de tu vida a mí me da,
para pensarte viva, tanto pie,
que si tu luz viviente muerta fue,

mejor que viva, resplandece ya:
 Imagen, rica no, costosa sí,
 que el serafino taller diestro forjó
 con oro limpio del mayor Perú:
 Tú, flor que apagas al más vivo alhelí,
 muerta eres ya, pero marchita no;
 ¡Oh, tú, dichosa tú, mil veces tú!

Si nosotros comparamos éstas y todas las biografías que conocemos escritas por mujeres con las que hacen los hombres en la misma época, encontraremos que ante una misma temática el enfoque es igual, se persiguen los mismos fines, se tienen idénticos propósitos.

Esta coincidencia en los intereses que mueven a unas y otros a escribir biografías nos está mostrando una participación activa de la mujer en la cultura de su tiempo.

No conocemos hasta ahora ninguna biografía cuyas motivaciones sean diferentes, aunque esto no significa que se niegue la posibilidad de su existencia, es más, puede existir dentro de lo que hoy llamamos la literatura perseguida.

Las mujeres de vida mundana, las que se mueven en el mundo social, no aparecen en la literatura biográfica, sino que surgen en el teatro, lo mismo en el que nace de la pluma de Sor Juana que en el de Alarcón. El teatro que es ficción y divertimento puede presentar a las frívolas, a las intrigantes, a las enamoradas, a las coquetas, a las adúlteras, a las inteligentes, a las estudiosas, a las "damas bobas". La literatura biográfica no puede hacerlo porque presenta una realidad que mueve a emulación, para bien o para mal, y allí está la censura de la Inquisición que persigue a más de la herejía lo que va contra la moral cristiana, las buenas costumbres o causa escándalo.

Esto reza también con la literatura autobiográfica. La única autobiografía femenina que no está escrita con fines místicos, propagandísticos o moralizadores, es la de Sor Juana Inés de la Cruz. Su respuesta a Sor Philotea es a un mismo tiempo justificación de su vida y demostración de que con ella no se ha dado mal ejemplo.

Todas las demás autobiografías tienen un carácter religioso y se escriben buscando la gloria de Dios a través de lo que en cada autora ha hecho, según veremos adelante.

Dentro del desarrollo de la biografía hay siempre un drama que en el fondo es sencillamente la lucha humana contra las propias pasiones, que obstaculizan el feliz encuentro con Dios. La lucha de estas mujeres contra sus pasiones, tal y como ellas la entendieron, es

el reverso de la tragedia griega o del drama shakespeariano, en los que la temática es el libre desarrollo de una pasión humana hasta sus últimas consecuencias.

En las biografías de estas mujeres novohispanas que presentan como tema la práctica extrema de la virtud que contradice a la pasión, se convierte a la mujer en heroína, cuando ella dominando pasiones se hace *Señora de sí misma*.

Así frente a la pasión, se presenta la virtud que como paradoja es al mismo tiempo la máxima pasión, la pasión de amor a Dios, amor que trasciende la sabiduría de los sabios de la tierra. Para una sociedad que se sabe proveniente de Dios, que cree en unas postrimerías y espera una feliz vida eterna, estas mujeres se vuelven arquetipos. El modelo de vida que representan tiene a su vez una función social, que es mover a las demás a imitarlas y llevar así a la sociedad a la edificación de la Jerusalén celestial, en la que cobra su pleno sentido la cultura occidental cristiana. Estos intereses se involucran entonces con los conceptos de bien común y felicidad del estado.

El argumento en la biografía es el desarrollo de una vida en el tiempo, en determinado lugar, ante tales o cuales circunstancias, pero siempre frente a Dios. Por ello, se van relatando desde los antecedentes familiares, nacimiento, niñez, juventud, madurez y vejez. Todo con precisos datos cronológicos.

En todas las biografías hay un hecho muy importante que nos muestra con evidencia cómo a pesar de la innegable existencia de una situación paternalista, en la cual los hombres son los que toman por ellas las grandes decisiones, estas ejemplares mujeres son las que deciden sus vidas, a veces contra la opinión de padres o hermanos y en otras ocasiones luchando contra el paternalismo clerical que les quita el don maravilloso de la libertad de los hijos de Dios, exigiendo de ellas obediencia ciega, aunque esto implique irresponsabilidad en una vida que jamás puede dejar de ser personal y responsable.

Este extremado autoritarismo, fruto de la época, se encuentra reflejado en casi todas las biografías y llega a límites dramáticos en las místicas, según veremos adelante, y en Sor Juana Inés de la Cruz a la que su confesor la quiere santa al estilo Núñez de Miranda, no al estilo de la persona de Juana de Asbaje.

Las decisiones personales que ellas toman son generalmente fruto de una madurez espiritual apenas explicable en jóvenes de diez o quince años, y sobre todo en mujeres no acostumbradas a tomarlas. Sólo pueden entenderse si se tiene en cuenta la potencia mística que las movía. Por ella pasan, por encima de toda autoridad, de toda preferencia, de toda riqueza, de todo triunfo social, de todo lazo familiar

o afectivo, buscando llegar a ese destino final que han vislumbrado.

El interés en estas biografías se vuelve doble cuando consideramos no sólo a la biografiada, sino a la biógrafa, pues ésta al escribir va compartiendo ese tipo de vida y nos la va presentando dentro del mundo de lo sobrenatural que ella también vive; para ella no hay dudas cuando se trata de éxtasis, ni extrañeza cuando habla de demonios, encuentra natural las penitencias que a nosotros nos horrorizan y admira las virtudes, las describe y las valora como quien por su parte sabe lo que cuesta adquirirlas. No hay nunca una crítica frente a la biografiada, sino una rendida admiración.

En el relato de la muerte no hay generalmente una actitud triunfalista de la escritora. Se describe como algo sencillo, esperado, natural, acompañado a veces de ceremonias religiosas o en la soledad y en el silencio, e interrumpido sólo por "músicas celestiales". El triunfo viene después; así lo consideran ellas al decirnos que su biografiada sin duda gozará de la bienaventuranza eterna.

La victoria de esas vidas frente a la sociedad aparece cuando nos relatan tras la muerte el clamor del pueblo por verlas en sus floridos féretros, por obtener objetos por ella tocados, o cuando describen solemnes exequias y los suntuosos túmulos funerarios, que más parecen de reinas que de humildes monjas o colegialas criollas.